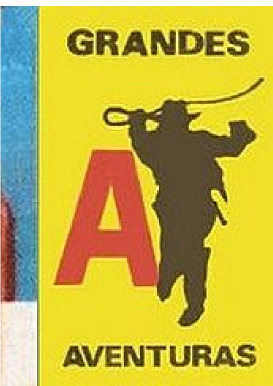
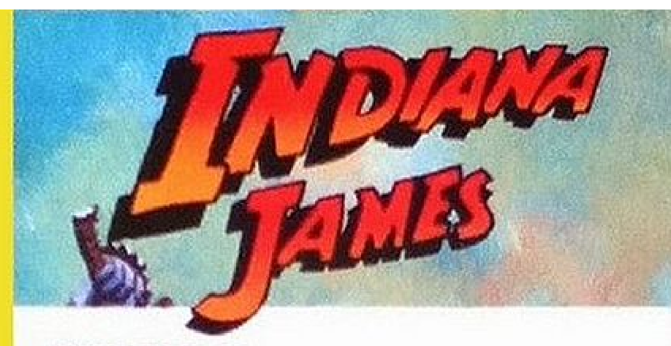




CAMELO-T

Los niños inspiran amor, ternura y devoción. Los niños despiertan nuestros mejores instintos: protección, cariño, comprensión… Los niños están llenos de candor, inocencia, pureza…

En resumen, los niños son un latazo.

Incluso mi «quasi» homónimo —el aventurero resuelto y tenaz, el profesional duro y codicioso por excelencia— termina dejándose enternecer por todo un ejército de sucios y harapientos mocosos en su última aparición cinematográfica. Olvida que tiene un inmenso tesoro en las manos y sacrifica su bienestar eterno por la cariada y desnutrida sonrisa de una plaga de chiquillos.



Indiana James

Camelo-T

Bolsilibros - Indiana James - 15

ePub r1.0
LDS 25.04.18

Título original: *Camelo-T*
Indiana James, 1986
Cubierta: Almazan
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2



GRANDES



AVENTURAS

Capítulo primero

Los niños inspiran amor, ternura y devoción. Los niños despiertan nuestros mejores instintos: protección, cariño, comprensión… Los niños están llenos de candor, inocencia, pureza…

En resumen, los niños son un latazo.

Incluso mi «quasi» homónimo —el aventurero resuelto y tenaz, el profesional duro y codicioso por excelencia— termina dejándose enternecer por todo un ejército de sucios y harapientos mocosos en su última aparición cinematográfica. Olvida que tiene un inmenso tesoro en las manos y sacrifica su bienestar eterno por la cariada y desnutrida sonrisa de una plaga de chiquillos.

Es cuestión de imagen. Sé que la mía mejoraría mucho, si me dedicase a saltar desde el World Trade Center sin paracaídas, conquistar Marte, trepar al Himalaya en calzoncillos, luchar a manos desnudas con el Can Cerbero, o cualquier fruslería semejante, llevando colgada de mi cuello una adorable niña de nueve años, rubia como el trigo y dulce como la miel. Pero, francamente, no me apetecía lo más mínimo.

Así que dejé a Jessica Gilbert con los Vernon —al fin y al cabo, después de tenerla tantos años a su cuidado, podían considerarse su verdadera familia—, recomendándoles encarecidamente que, cuando llegase el momento de planear sus vacaciones, pensasen en Florida, las selvas del Orinoco, o el mismísimo Sahara. Cualquier lugar parecido a un baño turco, sería más que perfecto.

No les conté la procedencia extraterrestre de los antepasados de Jessie, ni que, por el simple hecho de sentir un poco de «fresco», aquel prodigio de candor, aquel dechado de dulzura, podía convertirse en una bestia peluda, capaz de destripar a cuanto bicho viviente se le pusiera por delante. No valía la pena amargarles el

feliz reencuentro, como tampoco hace falta resumir mis andanzas entre vampiros y hombres-lobo[1]. Mientras conservasen a Jessie en un invernadero, todo iría bien.

Después de pasar media vida —o eso me pareció entonces y las canas que conservo pueden atestiguarlo— entre el hielo y la nieve de las montañas de Maine, yo también necesitaba un poco de calor: humano y climatológico.

Hice un rápido resumen mental de los lugares más apropiados para pasar unas pequeñas vacaciones: ¿Hawai? ¿Las Bahamas? ¿Túnez? ¿Bangkok?

¿Las Seychelles?… ¡Sí, Las Seychelles! Estarían llenas de turistas, por supuesto, pero de turistas de clase, de esos que llevan brillantes en la montura de sus gafas de sol para que, hasta en la playa, todo el mundo sepa que están podridos de pasta; de esos que necesitan alejarse del mundanal ruido y de los detectives privados contratados por sus esposas.

Allí podría descansar, tomar el sol, beber piña colada —o la que diablos fuese su bebida tropical nacional— y perder el tiempo, sacándome arena y chicas preciosas de los ojos.

Sí, Las Seychelles serían perfectas.

Mentalmente, me vi tomando un pasaje de primera para las islas, instalándome en un hotel de primera y disponiéndome a pasarlo de primera. Prácticamente, me recluí en mi apartamento de Nueva York, jurando no volver a hacer planes, sin haber consultado antes mi cuenta corriente. Luego, es peor el desengaño.

Y allí estaba yo, tumbado plácidamente bajo los rayos de un viejo televisor, contemplando la enésima reposición de «Star Trek», cuando su nombre me vino a la cabeza: ¡Mary Lou Foxworth!

Ella tenía tiempo y dinero para malgastar a manos llenas. Me debía su vida y su fortuna, y no creía que le importase el que un pobre paria hiciera de gorrón unos cuantos días en su mansión de Hampstead. ¿Quién sabe? Hasta podría convencerla para que me «acompañase» a mis soñadas islas paradisíacas.

Londres todavía estaba al alcance de mi bolsillo, así que me enfundé el chaleco de cremalleras, metí una muda en mi bolsa de viaje —por si me encontraba con Emmanuelle en el avión— y me dirigí raudo y veloz al aeropuerto. Había recuperado mi moral y, como haciendo eco a mi estado de ánimo, el encapotado cielo que

había cubierto Nueva York durante toda la semana, se abrió tímidamente, dejando paso a unos delgados pero cegadores rayos de sol.

Como siempre, había olvidado recoger algún libro para el viaje. Acudí al quiosco del aeropuerto y, en honor a Frank Herbert, muerto hacía un par de meses, escogí Herejes de Dune, el quinto tomo de la serie. Y último, claro.

Resultó una elección genial. Hacía mucho tiempo que no conseguía conciliar el sueño tan rápida y profundamente. Cuando era adolescente, el primer Dime me había entusiasmado, pero los siguientes habían ido decayendo progresivamente hasta hacerse insoportables. Este último, en concreto, era poco menos que deleznable. Tan espantoso, como la película que ese psicópata de David Lynch había realizado un par de años antes sobre la hermosa saga de Arrakis, el planeta-desierto.

Quizá el pobre Herbert había hecho bien muriéndose, antes que su nombre, fama y prestigio, acabaran de empaparse del lodo por el que se arrastraban desde hacía cierto tiempo. Mal de muchos, consuelo de tontos.

En Heatrow me recibió un tiempo espléndido.

O sea, lloviznaba. El manto nuboso que cubría el cielo en miles de kilómetros a la redonda, era tan espeso como el mítico puré de guisantes en el que Sherlock Holmes encontraba tugs, espías, ladrones, fulanas, destripadores, equipos de fútbol y parlamentos perdidos.

Llamé a la pequeña Mary Lou desde el aeropuerto. Una cosa es una visita sorpresa y, otra, esperar varias horas a tener la habitación dispuesta, por cometer la grosería de presentarte en casa de tu futuro anfitrión de improviso, con una sonrisa deslumbrante y el cepillo de dientes en el bolsillo trasero del pantalón.

Sonaron dos timbrazos, antes que me contestase la voz del bueno de Spencer, el mayordomo, por encima del horrísono rugido de un tocadiscos a plena potencia:

—Residencia Foxworth, ¿dígame?…

—¿Qué tal estás, Spens?

Unos segundos de silencio, mientras las ruedecitas craneales de Spencer se ponían en movimiento, tratando de unir una voz a su correspondiente dueño. Debía tenerlas bastante oxidadas, porque

respondió:

—Disculpe quién quiera que sea, señor… Me temo que, en toda mi vida, jamás he otorgado a nadie la libertad de dirigirse hacia mi humilde persona con un apodo tan poco digno y grosero, hacia el puesto que ocupo en esta…

—Vale, Spencer. Corta el rollo y te pediré perdón. Ahora, pásame a Mary Lou…

—¿Se refiere usted a la señorita Mary Lou Foxworth, por casualidad? —preguntó con un tono de voz que me hubiera congelado, de no ser por el entrenamiento de mi última aventura.

—No. Me refiero a su hija. Ya sabes, la ilegítima… —respondí, empezando a cansarme de tanta ceremonia—. Anda, sé bueno y pásale el teléfono, ¿quieres?

—¿Me equivoco al presuponer, a pesar de los pocos datos que me ha proporcionado sobre su persona, que es usted aquel caballero de apodo pintoresco, que hace casi un año…?

—¡Exacto, Indiana James para servirte! —corté—. Y, ahora, avisa a Mary Lou, o…

—Mucho me temo, señor… euh, James, que la señorita Mary Lou Foxworth no se encuentre en casa, en estos momentos.

Problema. Debería haberlo previsto, pero mi entusiasmo suele pasar por encima de esas minucias.

—Es más, …hum, señor —continuó Spencer, impertérrito— lamento informarle que la señorita Mary Lou Foxworth ni siquiera se halla en el Reino Unido. Es una desventurada casualidad que, desde hace ya varios meses, tenga fijada su residencia en algún remoto paraje del archipiélago… esto, filipino.

Parpadeé repetidamente y pellizqué las nalgas de una muñeca que pasaba por mi lado, para convencerme que no estaba soñando. Tras recibir la oportuna bofetada, constaté dolorosamente que no.

En los sueños suelen caer perdidamente rendidas en tus brazos.

Algo raro estaba pasando. No es que Spencer y yo fuésemos íntimos amigos —con un mayordomo inglés, tamaña ocurrencia es delirio paranoico— pero el rescatar unidos a Mary Lou del culto a la Maldición de los Mil Siglos[2] nos había dado una cierta camaradería. O eso pensé en su momento.

Tenía que cambiar de táctica.

—¿Desde cuándo te gusta The Cure, Spencer?

—¿Có… cómo dice, señor?

—Ese «ruido» de fondo. No sabía que te pirrases por la última ola de la música.

—Verá, señor… ¡ejem!… Es que… yo…

—Dile a Mary Lou que se ponga al teléfono, o te arrancaré de cuajo «eso» que, hace tantos años, sólo te sirve de adorno entre las piernas.

No fue difícil escuchar su suspiro de indignación. Parecía un huracán.

—No se retire… por favor.

Estuve un par de minutos escuchando el «hilo musical», hasta que un grito horrísono me reventó los oídos.

—¡¡¡Montaaaaaana!!! ¡Cuánto tiempo sin escuchar tu perversa y depravada voz!

Supongo que debería haberme reído, soltado una tontería semejante y seguir la broma, pero los densos nubarrones sobre el aeropuerto parecían más oscuros que nunca y amenazaban con extenderse hasta las Seychelles. Había planeado unas plácidas y relajadas vacaciones, no un combate dialéctico contra el último mayordomo Victoriano y una representante de la rancia nobleza inglesa.

—Mira, preciosa, no soy Montana, ni Carolina, ni Texas. Me llamo…

—… ¡Indiana! ¡Ya lo sé, tonto!… ¿Cómo podría olvidarme?

—Pregúntaselo a ese lagarto antediluviano que tienes por mayordomo —respondí—. Es maestro en el tema.

—¡¿Spencer?! Oye, ¿qué mierda te pasa, Indy? ¡Te noto de lo más raro!

—¡Y viceversa! Oye, mira, te llamaba porque ando de paso por Londres —me admiré a mí mismo. Hasta con un humor de perros, me funcionaba el reflejo condicionado de mi perverso plan— y quería saludarte. Pero si no te apetece, no hace falta que te escudes en Spencer. Lo dejamos y en paz…

—¡¿Qué diablos estás diciendo?!… ¡¡Claro que me apetece!!

—Entonces…

Entonces, no entendía nada. Toda aquella extraña historia «filipina», había sido cosecha particular del mayordomo. ¿Por qué?

—¿Desde dónde me llamas? —preguntó Mary Lou, tomando de

nuevo la iniciativa de la conversación.

—Desde Heatrow. Acabo de llegar y…

—¡Bien, no te muevas de ahí! ¡Spencer y yo iremos a recogerte!

Por un instante, creí ver cómo asomaba el sol por entre los nubarrones.

—¡Tengo tantas cosas que contarte, Indy! —continuó la chica.

Sí. Decididamente, era el sol.

Y no la fría y descolorida vela inglesa, sino la bola de fuego que convertía en langostinos a millones de turistas en las costas mediterráneas.

—¡Ya verás, lo pasaremos fenómeno! —insistía Mary Lou.

Más que una bola de fuego, era el astro rey, la estrella calcinante de los trópicos, de Madagascar… de Las Seychelles.

—¡Y te presentaré a mi novio! —Remató.

Un gélido aguacero empezó a caer sobre el aeropuerto, sobre Londres, sobre Inglaterra, sobre… bueno, ya saben dónde.

—¿Tu… tu… ¡tu novio!? —balbuceé, con la destreza que me caracteriza para superar sorpresas inesperadas y desagradables.

—¡Sí, es un tío formidable! ¡Te gustará, seguro!

No, no me iba a gustar. Absolutamente nada. Es más, sin conocerle siquiera, ya lo odiaba como jamás había odiado a nadie.

Me estaba comportando injustamente, lo sé. ¿Qué tenía yo contra aquel pobre imbécil, enjuto y desabrido como todos los ingleses —si es que lo era—, aburrido, pelmazo, chauvinista, *snob* y ulceroso? En realidad, analizándolo fríamente, no tenía nada contra él. Le juzgaría cuando le conociese.

O mejor, no. ¿Para qué demonios quería conocerle?

—Escucha, encanto —solté, intentando superar la desilusión—. Lo siento, pero creo que he calculado mal los horarios. En este mismo instante, están anunciando mi vuelo para Egipto. Lo dejaremos para otra ocasión, ¿vale? Quizá a la vuelta…

—¡Ni hablar! —protestó Mary Lou—. ¡No te muevas de ahí, llegamos en cinco minutos!

Y colgó, antes de darme tiempo a improvisar una mentira más convincente.

No importaba, esta vez no me dejaría atrapar en ningún berenjenal de ésos en los que suelo meterme, con la asiduidad con que un diarreico frecuenta su cuarto de baño. Cuando llegasen al

aeropuerto, «Indiana» James ya estaría, de nuevo, cómodamente instalado en su apartamento neoyorquino. Jurando en hebreo y maldiciendo su perra suerte, sí, pero sin tener que soportar a ningún estúpido «novio» británico.

Me abalancé hacia las taquillas, enarbolando mi tarjeta de crédito como si fuera el estandarte de la Casa Real inglesa.

—¿Cuándo sale el primer avión para Nueva York, por favor?

—Dentro de cinco horas, señor —respondió la azafata con una sonrisa tan plastificada como mi tarjeta.

—¿Y haciendo alguna pequeña escala? —insistí.

—¿París le va bien?

—Estupendamente.

—Entonces, dentro de tres horas y media…

—¡Sigue siendo demasiado! —me lamenté—. No puedo esperar tanto tiempo.

—¿Puede soportar nuestro país veinte minutos? —dijo la azafata, con un tono de dama ofendida.

—¡Puedo!

Esta vez, sonreímos los dos.

—Puede coger un pasaje hasta Singapur y allí, enlazar con…

Una broma muy graciosa. Tanto, que me dieron ganas de estrangularla.

—De acuerdo. Un billete a Nueva York, para dentro de cinco horas… —acepté, hundido.

Sólo tenía que pasar desapercibido durante aquel lapso de tiempo. Pensé en disfrazarme de beduino, encerrarme en el lavabo para inválidos, secuestrar un avión hasta Cuba y dar después unas cuantas brazadas, o enfrentarme con Mary Lou. Al fin y al cabo, sólo tendría que mantenerme insensible a sus ruegos, súplicas, lloros, amenazas y pataletas, y dar orgullosamente media vuelta, desapareciendo para siempre jamás entre la multitud con gallardía.

Estaba decidido. Tomaría cualquiera de las tres primeras opciones.

—¡¡¡Indyyyyyyy!!!

El grito resonó tan espantoso como un eructo durante una misa.

Me volví instintivamente y vi una modelo de alta costura, refinadamente vestida a la última moda, agitando un brazo en mi dirección. Cuando divisé tras ella una calva de mayordomo, roja

como un tomate por los millares de caras vueltas hacia ellos, ya era demasiado tarde para huir. La modelo se encontraba a pocos pasos de mí.

Y era ella. Aquel elegante maniquí era Mary Lou Foxworth, la mocosa «*punky*» que no veía desde hacía un año.

—¡Indy!… ¡Menos mal que… buff… que hemos llegado a… fiuu… a tiempo! —resoplaba jadeante, apretando una mano contra su pecho.

Compuse mi más genuina expresión «Humphrey Bogart», antes de contestar. Cualquiera hubiera dicho que estaba hablándole a un parásito de la sarna:

—No tenías que haberte molestado, Mary Lou. Como te dije por teléfono…

—¡No hay peros que valgan, te vienes a casa! —cortó ella como siempre, colgándose de mi brazo. ¡Al infierno Las Seychelles, me conformaba con poder terminar alguna frase!

—Pero… quiero decir, no…

—¡Y no se hable más!

—¿Qué dirá tu… «novio»? —solté, con toda la mala uva y doble intención de que soy capaz.

—¡¿Y qué va a decir?! ¿Es que no puedo invitar a mi propia casa a un viejo amigo?

«Podrías hasta llevártelo de vacaciones», pensé, «Sé de uno que se dejaría».

—Además, después de lo que me ha hecho sufrir Spencer… —continuó señalando al mayordomo, tieso como un palo a una distancia prudencial—. No acepto haber corrido el riesgo de un infarto, sólo para despedirte.

—Señor… —saludó aquélla ciruela pasa, con la más desganada de las reverencias.

—¡Oh, Spencer! —Devolví el saludo, fingiendo no haberme dado cuenta de su presencia hasta ese momento—. Creí que estarías camino de Filipinas para reunirte con quien ya sabes…

Cerró los ojos suspirando, dispuesto a soportar todas mis indirectas con total resignación. Mary Lou, en cambio, abrió los suyos como platos. Era evidente de que no sabía por dónde andaban los tiros.

—¿Filipinas?… ¿Con quién debía reunirse en Filipinas? —Y nos

miraba, a uno y otro, esperando una respuesta.

—No hagas caso —contesté, sintiéndome magnánimo—. Cosas nuestras.

—Está bien —aceptó Mary Lou—. Pero, a duras penas ha conseguido llegar hasta aquí —y se volvió hacia el mayordomo—. ¿Qué te ha pasado? ¡Nunca habías ido tan despacio, ni cogido tantos semáforos, ni dejado adelantar por tantos turismos, ni…!

—La lluvia, señorita Mary Lou, ya se sabe… —se apresuró a explicar Spencer, con cara de estar recorriendo el Vía Crucis. En solitario y contrarreloj.

—Bueno, ahora ya no importa —sentenció la chica. Y, estirándome del brazo, agregó—: ¿vamos?

Antes de contestar, observé a Spencer. Aun a pesar suyo, no podía evitar mirarme de reojo, tragando saliva aparatosamente, anhelando mi negativa. ¿Por qué estaba intentando desembarazarse de mí?… No tenía ni idea. Sólo estaba seguro de una cosa: si yo aceptaba la invitación, iba a sentarle como un tiro.

Un minuto después, nos arrellanábamos en el Rolls Royce.

CAPÍTULO II

El viaje hasta Londres fue un suplicio.

Mary Lou se empeñó en contarme lo maravilloso que era su Walter Sinclair Cunningdale Worthington III, quien insistía en que sus amigos le llamasen Walt. Según ella, porque era así de simpático, sencillo y campechano. Según me pareció a mí, porque cuando acabasen de saludarle, ya sería hora de despedirse.

Al parecer, era una mezcla de James Bond, Einstein y Rockefeller: primero de su promoción en Oxford —¿o era Cambridge?, ¿o eran las dos?— con millones de matrículas «*cum laude*», kilos de medallas de oro en deporte universitario y decenas de «masters» en económicas, políticas, empresariales, menaje del hogar y cultivo del champiñón indostánico, variedad «especial *pizza*»…

La fortuna le venía de familia, naturalmente, pero en lugar de pateársela, como es lógico y obligado en todo heredero que se precie, había logrado duplicar, triplicar, decuplicar el patrimonio. Daba la impresión que, si hubiera nacido un siglo antes, hasta el Japón sería británico.

Al menos, Mary Lou no tuvo el mal gusto de sacarme la fotografía de semejante joya, para que admirase la perfección de sus rasgos y la sensualidad de su nosequé, pero llegó un momento en que no pude más. Al millonésimo halago, grabé en mi rostro una expresión de interés máximo y me desconecté con una pasmosa tranquilidad de espíritu.

Me interesaba mucho más la «novia» que el «novio» y me dediqué a estudiarla.

Llevaba un traje de esos que llaman «de inspiración china», pero que no hubiesen podido comprar ni entre cien mil comunas

amarillas. Hombreras y falda abierta por el costado hasta casi la cintura; botas de piel de cualquier pobre bicho a punto de extinción, haciendo juego; y una blusa de seda —o cualquier material más suave y volátil todavía— sin nada debajo. Era evidente que no lo necesitaba.

Se había dejado crecer el pelo, hasta conseguir una melena color caramelo que combinaba perfectamente con el color de sus ojos, apenas sombreados de azul. Un toque tan tenue como el rosa de sus labios. ¡Dios, estaba preciosa! Si yo tuviese 50 años menos, me habría permitido el lujo de enamorarme.

Y, todo eso, en un «soporte» de dieciocho tiernos y juveniles años.

Cuando llegamos a su vieja mansión de Hampstead, conseguí unos segundos de respiro mientras bajábamos del Rolls:

—¿Qué tal si me sigues bombardeando después? —sugerí, con la más cínica de mis sonrisas—. Las hazañas de tu Superman son tan apasionantes, que merecen ser contadas a una mente despierta y receptiva. Y la mía, después del viaje…

Mary Lou sonrió… antes de volverme a dejar con la palabra en la boca.

—Éste no es mi Indiana, que me lo han cambiado.

—¿Quieres que hablemos de cambios? —contraataqué, enarcando las cejas y dirigiéndole una mirada intencionada.

—¡Mide tus palabras, abuelo! —respondió, festiva—. Podría tomármelas en serio y ya no estás para muchos trotes.

Y, contoneándose ex-profeso de forma provocativa, entró en la casa, dejando a dos ancianos con complejo de viejos verdes: Spencer y yo.

Lancé mi bolsa de viaje al mayordomo:

—Guíame, Spens, y encárgate de esto.

Como un cachorro apaleado, abrió camino hasta una de las habitaciones del segundo piso. Cerré la puerta tras de mí y me encaré con él:

—¿Y bien?

—Perdone, señor, no entiendo…

—¡Basta ya, ¿quieres?! ¡Lo entiendes perfectamente!… ¿Por qué querías facturarme hacia las Filipinas?

—Verá, señor, yo… sé perfectamente que Mary Lou y yo

tenemos una deuda con usted, una deuda contraída en un período… euh, algo oscuro de la vida de la señorita. Reconozco que quizá mi comportamiento no… mmm, haya sido ejemplar, pero…

—Pero, ahora, Mary Lou Foxworth es una noble casadera —continué yo— prometida a un sangre de horchata y, cuando menos se conozca sus relaciones pasadas con «*punkies*», locos religiosos y aventureros insolventes, mejor, ¿no es eso?

Spencer carraspeó, antes de contestar:

—No lo expresaría con tanta crudeza, señor, pero…

—¡Pero es eso!

—Más o menos, señor.

Le lancé una mirada fulminante, de esas de dios colérico… pero no me sirvió de nada. Spencer no despegaba los ojos de la punta de sus zapatos. Debía estar pasando un mal rato de los que hacen época.

—¡Spencer, eres un cerdo!

Dio un respingo, pero siguió estudiando intensamente la alfombra.

—Sí, señor…

—¡Y un puerco!

—Eso es una redundancia, señor… si me permite la observación.

—¡Pero lo eres!

—Sí, señor…

¿Cómo puede enfadarse uno con alguien así?

—¿Sin rencores? —exclamé, alargándole la mano.

—¡Sin rencores! —respondió, exhibiendo por fin una amplia y franca sonrisa.

—¡Viejo zorro! No necesito preguntaros cómo os ha ido por aquí… ¡se ve a simple vista!

—En cambio, yo, si me lo permite el señor, sí desearía rellenar algunas lagunas en mi archivo periodístico sobre sus aventuras —y volvió a bajar la mirada al suelo, esta vez con una sonrisa de picardía—. Me… me he tomado la libertad, he de confesarlo, a pesar del natural pudor que una persona como yo debe guardar por respeto a su intimidad, que no ha de verse relacionada con…

—¡Spencer, nunca cambiarás! ¡Acaba, me gustaría ducharme esta semana!

—Bueno, pues… que colecciono todo lo que puedo encontrar en

los periódicos sobre usted. Y, aunque vacilo antes de atreverme a mencionar tal indiscreción hacia la señora a la que me debo, le confesaré que la ayuda de Mary Lou se ha mostrado en exceso valiosa.

No supe qué responder.

—Muchas noches, sobre todo antes de… ¡ejem!, de conocer a su prometido, pasamos excelentes momentos intentando reproducir su itinerario a través del orbe, deducir entre líneas aquello que los periódicos no osaban mencionar, investigar…

—Enterado, Spencer. Algún día, cuando tengamos tiempo de sobra te lo contaré todo. Podrás llenar varios tomos de apuntes, seguro.

«Concretamente, once», pensé.

Una vez bañado y limpio, algo que me llevó aproximadamente dos horas, me sentí con fuerzas para soportar un segundo asalto de las excelsas cualidades de Walt III, el Genio del Imperio, antes de hacer un digno mutis por el foro. Ni Spencer escondía turbios y pavorosos manejos en la trastienda, que sólo el intrépido Indiana James podría desarticular; ni yo tenía ganas de estar aguantando la vela, mientras dos pimpollos se deshacían en arrumacos por todo Londres.

Indiana volvería a sus cuarteles de invierno con el rabo entre las piernas.

Que conste que ésa era mi intención, lo juro. Pero, en cuanto bajé al salón, todo empezó a escapárseme de las manos.

—Esta noche, cenamos Walt, tú y yo —anunció Mary Lou, radiante—. Ahora está ocupado con un asunto de negocios, pero ha dicho que pasemos a recogerle por su casa.

—Spencer y yo habíamos pensado cepillarnos una hamburguesa a medias —aduje. Con poca resistencia, lo confieso.

—Que te guarde tu mitad —ordenó, tajante—. Tú te vienes con nosotros.

—Si no hay otro remedio…

Ni siquiera me contestó, antes de volverse hacia el mayordomo.

—Me llevaré el Ferrari, Spencer. No te necesitaremos.

—¿Y a mí, sí? —pregunté con una inocente sonrisa—. Creía que el Lince de los Negocios era más audaz.

Resopló, falsamente ofendida, antes de señalarme con fingida

seriedad:

—¡Indiana James! ¡Pórtate bien, o te obligaré a quedarte en mi casa hasta el día de la boda!

Huí horrorizado. Dos segundos después estaba en el garaje, junto al Ferrari, sin estar muy seguro de haber abierto las puertas que encontré por el camino, antes de cruzarlas.

Condujo ella. Mis indirectas debían haber surtido su efecto, porque el aluvión de propaganda a favor de la elección de Walt para «Chico Más Simpático Del Año» se redujo considerablemente, hasta quedar convertido en meros comentarios «casuales» sobre sus excelsas virtudes. Comentarios que me encargué de menospreciar con estratégicos gruñidos.

Cruzamos medio Londres hasta Mayfair. Una vez allí, Mary Lou aparcó ante un edificio todo acero y cristal, todo elegancia y lujo, todo gelidez y modernidad. Señaló el ático, cuyas ventanas estaban iluminadas:

—Ya ha llegado. Debe estar vistiéndose.

—¡Vaya! ¡Creí que iba en bañador por la calle para que todos puedan admirar sus músculos!

—Tu mal gusto sólo consigue dejarte en evidencia, Indy.

Aquello consiguió cerrarme la boca durante varios segundos.

Entramos al edificio y Mary Lou saludó al portero con una confianza nacida del hábito. El tipo se levantó de su silla, haciendo una pequeña reverencia y babeando servilmente, mientras mascullaba cualquier estupidez.

Nos dirigimos hacia el ascensor. Sólo había uno.

—¡Un ascensor comunitario, qué plebeyo! —exclamé, feliz de haber recuperado mi mala baba habitual tras el corte—. Suponía que tendría uno privado para él solo.

Entramos en el aparato y la chica señaló los mandos con una sonrisa burlona:

—Y, en cierto modo, lo tiene —los botones no eran como los habituales. Eran diez teclas del uno al cero, dispuestas de forma parecida a la de un teléfono—. Cada propietario elige un código. Si no lo conoces, no tienes la más mínima oportunidad de hacerlo funcionar, a menos que sea pulsado desde el piso.

—¿Y cuál es su código? —pregunté, mientras intentaba sacar la pierna. La había metido hasta la ingle—. ¿La fecha en que os

conocisteis?

—¿Cómo lo sabes? —preguntó a su vez, con una sonrisa desarmante.

Todavía me estaba pegando bofetadas mentales, cuando las puertas se abrieron de nuevo. Ni siquiera había notado el pequeño tirón habitual en todos los ascensores.

Nos encontramos en una especie de pequeño recibidor, donde cabría todo mi apartamento. Frente a nosotros, un par de puertas acristaladas, translúcidas, daban acceso al resto de las viviendas.

—¡¿Walt?! —gritó Mary Lou—. ¿Estás ahí?

No respondió, pero tampoco hacía falta. Ya se sabe que los ricos no suelen derrochar inútilmente su dinero —por eso son ricos— y Míster Fortunas no hubiera dejado las luces encendidas todo el día.

Mary Lou abrió las puertas de golpe, con ambas manos, al tiempo que exclamaba:

—¡Walt, te presento a Indiana James!

Nos recibió con una mueca un tanto desagradable. Pero no le culpo.

Yo me esperaba otra cosa. Y por varios motivos. Aquel Semidiós era más bajito que yo. Exactamente, una cabeza. La suya.

Porque, en aquellos momentos, descansaba en medio de un charco de sangre, sobre una coquetona mesa de cristal. Su cuerpo, en cambio, estaba boca abajo a varios metros de distancia, casi invisible por el mullido espesor de la gruesa alfombra.

Le habían cortado limpiamente el cuello.

Capítulo III

Nos quedamos petrificados.

Yo no podía ver el rostro de Mary Lou, sólo escuché su leve e incrédulo susurro:

—¡Indy…!

Era inútil abalanzarse hacia Walter nosequé y nosequé para intentar auxiliarle. Era evidente, cruelmente evidente, que estaba mucho más allá de cualquier tipo de ayuda. Los creyentes, por favor, que le dediquen un rosario.

Cogí a la chica por los hombros y la hice dar media vuelta bruscamente, para que quedase frente a mí y de espaldas al macabro espectáculo. No lloraba, pero sus ojos reflejaban todo el horror y escepticismo de que eran capaces; su labio inferior temblaba incontrolablemente; su cuerpo estaba rígido como un estatua de mármol.

—Indy… —volvió a repetir, antes de abrazarse a mí con desesperación.

—Lo sé, nena, lo sé… No digas nada, no vale la pena. Sé que le querías, pero…

Se apartó de mí con rabia, taladrándome con la mirada, apretando los puños. Estaba lívida.

—¿Yo…? ¿Yo, querer a ese gilipollas que se ha dejado matar así? —estalló, rugiendo con toda la fuerza de sus pulmones—. ¡No le quería, nunca le he querido! ¡Nunca he querido, ni querré a nadie…! ¿Me oyes…? ¡A nadie!

Me quedé desconcertado, sin saber qué hacer o qué decir…, hasta que empezó a golpearme con furia. Después, durante varios minutos, estuve demasiado ocupado para hacer o decir nada.

Cuando mis espinillas estaban a punto de partirse y mis costillas

protestaban enérgicamente por el castigo que estaban sufriendo, no tuve más remedio que soltarle una bofetada. Remedio clásico, pero efectivo… casi siempre. Necesité una segunda y una tercera, antes de que cayese desmayada en mis brazos.

Tardaría varios minutos en recuperarse, minutos que Indiana emplearía en meter su curioso hocico por todos los rincones.

No se trataba de ninguna tétrica broma. La cabeza del Lord de Lores seguía contemplando las puertas de cristal con sus ojos muertos, pero no se advertía a nadie más en la estancia. Quizá en las otras habitaciones…

Tomando toda clase de precauciones —y unos cuantos kilos más, de reserva— las revisé una por una: un cuarto de baño panorámico, con una bañera parecida a un estadio de fútbol. Por suerte, no tenía cortinas que tapasen su visión. No me hubiera sentido con fuerzas para descorrerlas; un dormitorio con cama apta para el equipo de fútbol del estadio del lavabo y miles de armarios roperos. Armarios grandes, inmensos, capaces de camuflar a todos los futbolistas del equipo del estadio de… Bueno, ya me entienden. Cada chasquido de las puertas, cada chirrido de las persianas, podía esconder el silbido de una hoja dirigida a mi querida garganta. Si el corazón no se me hubiera paralizado con la visión del Señor Proezas, hubiera sufrido media docena de infartos cardíacos. Finalmente, no encontré más que varias decenas de trajes —Príncipe de Gales, incluidos—, centenares de jerseys de cashemira, millares de inmaculadas camisas —de todos los colores y dibujos— y los millones de complementos habituales de todo *gentleman* que se precie.

Volví al salón…

… ¡Plick! ¡Plick! ¡Plick!…

El ruidito provenía de la mesa de cristal donde se encontraba la cabeza de Walter patatín-patatán III. Gota a gota, la sangre que había llegado al límite de la mesa, se derramaba mansamente al suelo.

Pero se derramaba ahora, no cuando Mary Lou y yo habíamos entrado. La conclusión era tan clara como espeluznante. El asesino había actuado poco antes de que apareciésemos…

… ¡Plick! ¡Plick! ¡Plick!…

El salón era tan vasto, como recargada su decoración. Excepto una de las paredes, convertida en ventanal, las otras estaban

recubiertas hasta el techo de madera noble. Y los muros, si no contamos el espacio dedicado a una pequeña librería y la chimenea, se hallaban atestados de toda clase de panoplias medievales: escudos, espadas, cuchillos, mazas, hachas, lanzas, picas… Incluso dos armaduras, descansaban en sendas esquinas.

… ¡Plick! ¡Plick! ¡Plick!…

El maldito goteo me estaba desquiciando los nervios, pero no me atrevía a tocar nada. En Scotland Yard tienen fama de ser muy quisquillosos y mis relaciones con las policías de un centenar de países no eran todo lo cordiales que deberían. No quería agregar los sabuesos ingleses a la lista.

… ¡Plick! ¡Plick! ¡Plick!…

Estaba descolgando el teléfono —que se encontraba, casualmente, en la misma mesa que la cabeza cercenada—, cuando me sobresaltó un repentino ruido. Me giré rápidamente, con todos los músculos en tensión, para encontrarme con Mary Lou enmarcada en las puertas de cristal del salón. Estaba pálida, boquiabierta, desencajada. Todavía no se había recuperado de la impresión de ver a su…

… ¡Click! ¡Click! ¡Click!…

Un momento. La chica no miraba aquel sangriento despojo. Su vidriosa mirada estaba enfocada en mí. ¿En mí…?

… ¡Click! ¡Click! ¡Click!…

Y de repente, caí en la cuenta que el pesado, maldito, obsesivo ruido de las gotas de sangre había cambiado. No, no había cambiado. Quedaba amortiguado por otro ruido más fuerte…

… ¡Click! ¡Click! ¡Click!…

… ¡Otro ruido que provenía de algún lugar a mis espaldas!

Me aparté instintivamente… justo a tiempo. Algo fino y metálico pasó rozándome y, una décima de segundo después, la mesa de cristal se partió en dos con estrépito, segada por una espada cuya punta se hundió profundamente en la madera del suelo, ¡Tchunk!

¡Me estaba atacando una de las dos armaduras! ¡El asesino se había escondido en el interior de una de ellas!

Lancé mi codo hacia atrás, ¡Bonnng!, y una sacudida eléctrica recorrió todo mi antebrazo como un estilete al rojo, dejándolo insensible. El asesino se limitó a alzar su brazo izquierdo y su guantelete me golpeó la cara, haciéndome salir despedido varios

metros hasta estrellarme contra la pared. Me dio la impresión de haber sido golpeado por una barra de hierro macizo.

Mientras intentaba volverme a colocar la mandíbula en su sitio —en la espalda quedaría muy antiestética—. Mary Lou rompió su inmovilidad acercándose a mí, ayudándome a recuperar la vertical. El fulano estaba muy ocupado intentando desclavar su espada del piso.

—¡Vámonos de aquí, Indy! —gritó, con el miedo vibrando en cada sílaba.

—Tranquila, no…, no ha sido nada. Puedo con el —respondí para tranquilizarla. Sólo faltaba alguien que pudiera tranquilizarme a mí.

Con un sordo ruido de succión, la espada se libero de la madera y el tipo empezó a avanzar hacia nosotros, lenta, cadenciosamente. Empujé a Mary Lou hacia el recibidor sin muchos miramientos y me afirmé en el suelo, dispuesto a recibirle.

Empuñaba la espada con ambas manos y lanzó uno, dos golpes, paralelos al suelo, ¡ziuuu!, ¡ziuuu!, a izquierda y derecha, buscando mi cuello. No lo encontró. Adelanté mi hombro izquierdo y cargué contra la masiva figura, ¡brammm!, que apenas se movió. Yo, en cambio, reboté como un pelele de nuevo contra el muro, con medio costado entumecido.

Si seguía así, tendría que combatir a mordiscos.

Alcé los ojos y vislumbré una pica colgada en la pared. Con ella en las manos, me sentí más seguro. Era bastante más larga que su espada y podría mantenerle a raya, esperando el momento propicio.

El asesino balanceaba suavemente su arma, a un lado y otro, provocándome, pero no caí en su trampa. Amagué un golpe y la espada buscó el asta de mi lanza para partirla en dos. Demasiado tarde. Yo la había retirado y su guardia estaba abierta.

Afirmé la madera bajo el brazo y cargué contra él. La punta acerada chocó contra su peto, perforándolo, penetrando casi un palmo, antes que la madera se astillase y partiera con un seco crujido.

Durante escasos, pero interminables segundos, el hombre se quedó inmóvil, mirándome fijamente a través de las aberturas de su yelmo —o así me lo pareció—, como si no hubiera ocurrido nada. Después, lentamente, bajó la cabeza hasta contemplar la punta de la

pica, firmemente incrustada en su pecho y la agarró con una de sus manos…

… empezando a estirar de ella. Finalmente, con un chasquido estremecedor, la arrancó violentamente.

Del agujero, empezó a fluir un líquido negro, viscoso, sin parecido alguno con la sangre.

¡Mierda! ¿Qué clase de cosa era ésa? ¿Qué mejunje extraño corría por sus venas?

Dejé las preguntas para más tarde. Movió el brazo de nuevo y apenas me dio tiempo a apartar la cabeza. La punta de la lanza se incrustó en la pared, a pocos milímetros de mi sien. Había intentado su último golpe y había fallado. Ahora, tenía que caer…

Pero no cayó. Volvió a avanzar hacia mí, como si no hubiera ocurrido nada. Con lentitud, pero con seguridad. Volviendo a blandir su espada con ambas manos.

Aquel salón era todo un arsenal. Por mí, estaba dispuesto a seguir el juego hasta destrozar cuanta arma había allí. Agarré lo que tenía más a mano, una de esas mazas con cadena, rematada por una bola de acero erizada de púas.

Finté y golpeó una de sus rodillas, ¡crunch!, pero no le falló la pierna. Ni siquiera renqueó, a pesar de que debía haberle hecho pedazos todos los huesos de la articulación. Gritando rabiosamente, descargué un golpe, y otro, y otro, y otro, en el brazo, en el costado, en la cabeza, en…

Nada surtía efecto. Aquella mole acorazada seguía avanzando inexorablemente, arrinconándome cada vez más. Intenté un nuevo ataque, pero levantó su espada y la cadena se enrolló en la hoja. Un simple estirón y me arrancó la maza de las manos. Me quedé tan embobado, viéndola volar por los aires, que sólo me enteré que había lanzado el puño cuando recibí el impacto en la cabeza.

Trastabillé unos cuantos metros, antes de desplomarme cuan largo era junto a la otra armadura.

Si tuviera un poco de tiempo, si lograse introducirme en aquel maremágnum de piezas, la lucha estaría más igualada. La cabeza me daba vueltas y apenas podía tenerme en pie.

Aquella figura de pesadilla reanudó su avance hacia mí.

Sólo tenía cerca la espada de la otra armadura, así que estiré la mano hacia ella para cogerla… pero fallé. Debía estar más mareado

de lo que yo mismo pensaba. Lo intenté de nuevo y volví a fallar. No, no era mi coordinación lo que fallaba… ¡era la espada la que se movía! ¡Era toda la segunda armadura la que empezaba a moverse!

No había un solo asesino… ¡sino dos!

El segundo hombre levantó bruscamente la rodilla y me la clavó en el costado. Sentí que cedía alguna costilla y un dolor agudo, lacerante, recorría todo mi ser. La hoja silbó junto a mí y mordió mi brazo a la altura del hombro, dejando tras de sí un reguero de sangre. Grité, aullé de rabia y desesperación, antes que un nuevo golpe me lanzase por los aires hasta la pared.

Caí al suelo como un saco, arrastrando una manoplia conmigo. Volvía a disponer de armas a mi alcance, pero ya no tenía la fuerza y el coraje necesarios para utilizarlas. Me acurruqué como un recién nacido, esperando el golpe mortal.

Y los dos hombres se acercaron, dispuestos a asestarlo.

—¡Indy, nooooo! ¡Dios mío, no!

Era Mary Lou quien había gritado. Desvié la mirada hacia ella, consciente ahora de su presencia. La había olvidado por completo.

Fluctuaba entre el miedo y el deseo de ayudarme. Daba un pasito adelante para, acto seguido, retroceder apresuradamente.

—¡Llama a la policía! ¡Llámala! —bramé, sabiendo que era demasiado tarde.

—Ya…, ya lo he hecho, Indy, pero…

—¡Entonces, vete! ¡Márchate! —corté. No necesitaba recordarme que no llegarían a tiempo.

—Pero, Indy…

—¡Lárgate de una maldita vez!

Las cabezas de ambos asesinos se giraron al unísono hacia atrás. Ninguno dijo nada, no cruzaron una sola palabra, pero uno de los dos hombres se desentendió de mí y se lanzó a por la chica. En ese momento, me di cuenta que habían permanecido mudos desde el principio.

Quizá no supieran —o no pudieran— hablar, pero sabían —y podían— matar. Lo habían demostrado una vez y estaban a punto de demostrarlo nuevamente. El que se había quedado cerca de mí, levantó la espada sobre su cabeza.

Tanteé desesperadamente a mi alrededor y, al tacto, reconocí la forma de un escudo. Lo estaba levantando cuando cayó el golpe…

¡crashhh!, provocando una mella en él. Pasé el brazo por las correas, antes que volviese a golpear. ¡Crackk!

Por debajo del escudo, vi a Mary Lou. No se había movido. Contemplaba aterrada, congelada, cómo el asesino se iba acercando a ella parsimoniosamente, seguro de lograr su objetivo.

—¡Mueve el culo de una vez! —aullé—. ¡Huye!

Mary Lou empezó a retroceder sin dar la espalda al asesino. Cada paso de él hacia adelante, correspondía a uno de ella hacia atrás.

¡Blammm! Mi escudo empezó a doblarse sobre sí mismo. No resistiría mucho más.

La chica llegó hasta el ascensor y entró. Apenas desvió un instante la mirada para localizar los mandos. Apretó histéricamente los botones…

… pero las puertas no se cerraron. Su atacante estaba un metro frente a ella. Levantó la espada.

¡Brammm! Mi brazo ya no sentía nada. Estaba dormido, como muerto. Podía ver cómo manaba la sangre del corte cerca del hombro, pero me parecía ajena.

Mary Lou volvió a intentar marcar la combinación con ambas manos. La espada empezó a descender sobre su cabeza con una velocidad relampagueante. Abrió la boca para gritar, pero ningún sonido surgió de su garganta, o al menos no pude oírlo…

… porque las puertas se cerraron una fracción de segundo antes que la espada llegase hasta ella. ¡Grunch! La hoja se incrustó en el metal, desgarrándolo como si fuera papel de fumar. El sonido de la maquinaria del ascensor al empezar a funcionar, me sonó a música celestial.

Rodé por el suelo para esquivar otra estocada dirigida a mí y mis ojos se posaron en un hacha de doble filo. Si iba a presentar batalla, tenía que hacerlo inmediatamente. Estaba exhausto, al borde de la inconsciencia. Y el segundo hombre, una vez perdida su presa, se volvería nuevamente contra mí.

El arma pareció darme nuevos ánimos. Avancé hacia el asesino interponiendo el castigado escudo entre los dos. Si resistía un golpe más, sólo uno…

No lo resistió. El tajo lo partió prácticamente en dos, pero la espada quedó atrapada en la hendidura. Sin darle tiempo a

reaccionar, reuní mis escasas fuerzas y contraataqué con el hacha, apuntando al cuello, entre el peto y el casco.

Apenas encontré resistencia. Su cabeza saltó de entre los hombros como impulsada por un resorte, rebotando en el suelo hasta quedar quieta. No pude contener una sonrisa feroz que se me heló inmediatamente en la boca…

… ¡estaba decapitado, pero no caía!

Enloquecido, tiré a un lado el hacha y liberé mi brazo del escudo. Era ligeramente triangular, acabado en punta. Lo enarboló sobre mi cabeza y embestí como un poseso contra aquella figura de pesadilla, gritando con todo el poder de mis pulmones. Esta vez no resistió mi acometida. El escudo se clavó en su pecho y seguía, empujando y empujando, haciéndole retroceder más y más, hasta que chocó con los ventanales.

¡Craaaashhhh! El impulso le hizo atravesar el cristal y cayó a la calle, cincuenta metros más abajo, donde se hizo pedazos.

Pedazos, literalmente. Por el asfalto, se desparramaron tuercas, tornillos, émbolos, muelles y circuitos. No había estado peleando con un hombre…, ¡sino con un robot! Un segundo después, se produjo una explosión. Cuando empezó a disiparse el humo, sólo quedaba un montón informe de restos quemados, fundidos, consumidos… Todo había terminado. Uno de los robots estaba fuera de combate.

¡Uno! ¡Aún quedaba otro!

Recibí un golpe en la nuca y, por un instante, perdí el conocimiento. No sentí el golpe de la caída, sólo una opresión en el pecho y un ligero pinchazo en la garganta. Abrí los ojos y comprendí a qué se debía.

El otro robot me había colocado un pie encima y su espada estaba apoyada en mi cuello. Sentí que un hilo de sangre corría por él hasta la nuca, un hilo de sangre que iba haciéndose mayor, a medida que aumentaba la presión de la punta de la hoja.

Tenía razón. Todo había terminado.

Para mí.

CAPÍTULO IV

Cerré los ojos y esperé el final.

Pero no llegaba.

Ni la espada seguía hundiéndose en mi garganta, ni cedía en su presión, como lo hubiera hecho de levantarla para asestar el golpe definitivo. ¿Acaso se estaba recreando con mi agonía? ¿Acaso puede un robot ser sádico?

Volví a abrir los ojos. Me escocían a causa del sudor que penetraba en ellos y la visión del robot, erguido sobre mí, era borrosa, desenfocada, casi irreal…

… como irreal debía ser la figura que creí entrever tras él. Una figura humana, casi sin contornos fijos. Sólo su cabeza y un brazo parecían nítidos, aunque deformados. El hombre poseía una espléndida barba blanca que le llegaba casi a lo que debería ser su cintura y sus ojos parecían rojos, llenos de fuego. Tenía un brazo extendido hacia el robot, hacia nosotros, y su mano parecía brillar con un fulgor azulado, irreal. Debía estar contra una de las luces del salón.

¿Era real o una ilusión? ¿Un ser de carne y hueso o el producto de mi delirio? Si se trataba de un hombre, ¿cómo podía detener una máquina sin tocarla siquiera?

Eran preguntas sin respuesta. Y no podía moverme para obtenerlas. Tenía medio centímetro de espada dentro de mi garganta y cualquier gesto, sólo empeoraría las cosas.

Un sonido familiar me hizo dar un respingo. Era el sonido del ascensor. Alguien estaba subiendo en él. Aunque debieron pasar pocos segundos, la espera se me hizo eterna. Después, de improviso, el siseo de las puertas al abrirse y unas ahogadas exclamaciones de sorpresa.

—¡Policía! ¡No se mueva o disparamos! —rugió una voz masculina.

—No les… obedecerá… —susurré, sin atreverme a más—. ¡Es…, es un robot…!

—¿Qué?

—¡Ro… robot!

—¡Fuego a discreción!

No podía ver qué armas eran, pero sonaron como cañones. En el pecho del robot se abrieron varios boquetes como un puño y la armadura salió disparada hacia atrás, desgarrándome parte del cuello y el pecho con su espada, dejándome un surco ardiente por donde sentí que se me escapaba la vida.

Gemí lastimeramente, notando que los ojos se me llenaban de lágrimas.

—¡Indy! —gritó una voz femenina.

—No se preocupe, señorita Foxworth —le respondió alguien—. No es un corte profundo…

—¡Santo cielo, tenía razón! —intervino otro más—. ¡Aquí hay una cabeza! O «¿Humana o de robot? —pensé—. Hay que precisar, muchacho. Indy tiene surtido de todas clases y para todos los gustos».

Y me entraron ganas de reír ante mi estúpida broma. Y de llorar. Y de gritar a los cuatro vientos que estaba vivo. Y de suplicar de rodillas que hicieran algo para calmarme el dolor. Y…

Sentí, más que oí, la onda expansiva de una explosión y una ola de tórrido y sofocante calor pasó sobre mí como un huracán, abrasador. Perfecto. La puntilla final. Indiana James a la plancha. Las voces fueron perdiendo volumen lentamente:

—¡Inspector, esa…, esa cosa ha explotado!

—¡Indy, contéstame!

—¡Dios santo, qué carnicería!

—¡Indy, por favor!

—¡Mi pierna!

—¡Indy…!

Y me morí.

* * *

O eso pensé.

En aquel momento, estaba seguro. Pero hasta los héroes más intrépidos se equivocan de vez en cuando.

Al despertar, lo primero que pensé, es que nos toman el pelo como a corderitos. Bien está que uno tenga que soportar las llamas del infierno, pero, sumarle encima las heridas terrenales, ya es demasiado. Sobre todo, cuando uno quedó hecho un pingajo como yo.

Me estuve quejando un buen rato sin que nadie me hiciera caso, así que no tuve más remedio que echar un vistazo a mi alrededor, para ver dónde habían tirado mis despojos.

Estaba en casa de Mary Lou, en la habitación de invitados. ¡Menudos amigos se busca uno en la vida! Estuve en un tris de palmarla y ni siquiera merecía los honores de un hospital. Junto a la cama, retrepada en un sillón, Mary Lou dormía plácidamente el sueño de los justos.

Eso explicaba muchas cosas. Por ejemplo, que hubiera podido eliminar a uno, lanzándole por la ventana. El operador se debió sentir bastante desconcertado al ver únicamente suelo en su monitor. No obstante, la tecnología necesaria para construir unos artilugios tan perfectos como aquéllos, no estaba al alcance de cualquiera. Eso limitaría bastante el campo de investigación.

Cómo habían logrado introducir aquellos dos robots en casa de Walter el Deseado, se deducía fácilmente por su interés hacia el Medioevo. En cuanto a los motivos para desear su muerte, Scotland Yard estaba segura de «llegar al fondo del asunto» en poco tiempo. Traduciendo: que no tenían ni idea, ni esperaban tenerla en tiempo indefinido.

La policía se sentía orgullosa de haber llegado a tiempo de evitar una nueva muerte —la mía— y lamentaba, tanto la muerte de Walt, como sus propias bajas —tres— en la explosión imprevista del robot. Al mismo tiempo, esperaba nuestra visita —la de Mary Lou y la mía— a la mañana siguiente, esperando que nuestras declaraciones pudiesen arrojar alguna luz sobre tan horrible crimen, etc., etc.

—¿Y esperan que yo me levante mañana por la mañana? —aullé, ultrajado.

—Sin la menor dificultad —contestó Spencer, sin inmutarse.

—Los ingleses os ganáis a pulso vuestra fama de fríos e

insensibles, ¿eh, Spens?

—No había llegado a mis oídos el menor atisbo de que, nuestra noble patria, recibiera calificativos tan injustos como…

—¡Pues los tenéis! ¡Y a callar! —atajé, antes de que su verborrea me cortase la digestión—. ¿Qué han sacado del hombre de la barba? ¿O quedó hecho trizas por la explosión?

El mayordomo parpadeó, perplejo.

—¿El hombre de la barba, señor…? No recuerdo que mencionasen a nadie de características similares. Y puedo añadir que, Scotland Yard, es una institución demasiado honorable para que, el aspecto físico de sus integrantes, se mancille con semejantes aditamentos pilosos, impropios de…

No tuve más remedio que tirarle la bandeja para hacerle callar. Por lo visto, yo había sufrido una alucinación. Bueno, ya lo sospeché mientras estaba sucediendo.

—Buenas noches, Spencer. ¡Ah, y mañana no me despiertes, haya dicho lo que haya dicho tu honorable institución de pies planos!

Semejante adjetivo se vio convenientemente correspondido con una mueca de honor mancillado por parte del mayordomo.

—Perdone, señor, pero…

—Creí que había dicho buenas noches…

—Lo ha dicho, señor, pero…

—¡Esfúmate, Spencer! Por si no te has dado cuenta, el nene Indiana está malito.

—Soy perfectamente consciente de tal circunstancia, señor —convino el viejo servidor—. Y sé que, el recibimiento que debí otorgarle, debió ser muy otro, pero…

—¡Pero!, ¿qué?

—Usted es un hombre de múltiples y variados recursos, siempre dispuesto a esclarecer la verdad y lograr que triunfe la justicia. Yo me preguntaba si, éste, no sería un reto a la altura de sus habilidades…, ¡piense en el dolor y el sufrimiento de la señorita Mary Lou! Quizá usted y yo, rememorando tiempos pasados, podríamos…

—¿Podríamos? ¿Tú y yo? —La sola idea de volver a tener que arrastrar a Spencer por medio país, reabrió mis heridas.

—Advierto cierto escepticismo en su tono, señor, pero si me

permite insistir…

—Te lo permito, Spencer. Y, además, creo que tienes razón. ¡Hay que actuar, y hay que hacerlo ya! ¡Empieza a investigar mientras yo duermo! Mañana me cuentas los resultados de tus… esto, pesquisas, ¿vale?

Los ojos del mayordomo brillaron de satisfacción.

—¡Estaba seguro que aceptaría! Antes de que se sumerja en un sueño necesario y reparador, permítame exponerle mis ideas sobre este apasionante, aunque lamentable caso…

Era el momento más apropiado para dormirse.

Y me dormí, por supuesto.

Cuando desperté, ya era de día y me sentí mucho más animado. El dolor era cosa del pasado…

… hasta que quise moverme. Entonces, las heridas empezaron a quejarse al unísono. Me daba la impresión de ser uno de aquellos robots, pero de junturas chirriantes, enmohecidas, oxidadas. Cuando me puse delante de un espejo, tuve un sobresalto. Parecía una momia. No obstante, los pinchazos, aguijonazos, punzadas y alfilerazos, fueron desapareciendo poco a poco, hasta convertirse en una sorda molestia bastante soportable. Excepto la costilla, claro.

Me encontré con el omnipresente Spencer en la cocina. Y de no muy buen humor. Aún tenía clavada en el corazón, la puñalada que para él había supuesto mi falta de interés por su «plan de acción». Antes de que pudiera echármelo en cara, con más palabras que las obras completas de Shakespeare, alcé ambas manos como si fuera a lanzar el discurso más trascendental del milenio:

—No, Spencer, no hace falta que despiertes a Mary Lou.

—A…, ¿a la señorita…? —carraspeó, desconcertado.

—No insistas, no te permitiré que lo hagas. Acudiré a Scotland Yard yo solo. Les diré que apenas pasó de la entrada y que no puede declarar prácticamente nada. Después, cuando me vengas a recoger, que te acompañe por si las moscas insisten, ¿de acuerdo?

—Pero…

—Perfecto. Llama un taxi mientras me visto.

Y escapé cojeando, tras apoderarme al vuelo de la bandeja de su propio desayuno. Me refugié en el cuarto de baño —por si acaso intentaba liarme pretextando cualquier ofrecimiento de ayuda— y no salí de él hasta que llegó el taxi.

Spencer me estaba esperando en la puerta de la casa.

—Si dispone de unos segundos, señor —empezó, ceremonioso—. Con referencia a lo que estuvimos hablando ayer…

—Completamente de acuerdo. En todo —asentí, palmeándole el hombro alegremente—. Sigue así, lo haces muy bien.

Y me deslicé, entre él y la puerta, huyendo como alma que lleva el diablo.

Veinte minutos después, descendía del taxi frente al imponente edificio de Scotland Yard, preguntándome a qué diablos se debía tanta agitación, los alrededores del inmueble parecían los de un hormiguero en época de crisis. Centenares de bobbys y hombres de paisano —seguramente, de brigadas especiales— entraban y salían en un estado de agitación frenética.

Estaba a punto de volver al taxi, cuando descubrí a un hombre de mediana edad, regordete y semicalvo, que hacía señas intentando atraer mi atención:

—¡Señor James! ¡Aquí, señor James, por favor! —gritaba, intentando abrirse paso entre una maraña de agentes, hasta que consiguió llegar junto a mí.

—¿El inspector Minestrone, supongo?

La broma no le hizo la menor gracia.

—Lestrode, si no le importa. Ahora mismo iba a visitarle. Las cosas se están complicando mucho…

—¿Por qué? Mary Lou Foxworth no ha cambiado de residencia, ni se ha ido a descansar a Brighton, ni nada de eso.

Aguantando las ganas de saltarme al cuello, Lestrode me alargó un ejemplar del Times. Mis ojos se abrieron como estrellas ante la noticia:

> Miami, Florida.
>
> «Ayer por la mañana, fue encontrado un cadáver en la playa de nuestra ciudad. Al parecer, se trataba del cuerpo del famoso aventurero Harriford Jones, desaparecido en misteriosas circunstancias, meses atrás.
>
> »El cadáver no mostraba, a primera vista, signos de avanzada descomposición, por lo que se cree que su

> muerte fue reciente. Desgraciadamente, la identificación no ha podido confirmarse, ya que el cuerpo desapareció esa misma noche del depósito de cadáveres, donde había sido trasladado».

¡Harriford Jones! ¡El estafador, sinvergüenza y asesino, de Harriford Jones! La última vez que le vi, estaba siendo arrastrado al fondo del mar, en un pecio plagado de zombis. ¿Cómo podía haber aparecido en las playas de Florida? ¿Y cómo podía haber desaparecido de un depósito de cadáveres?

Devolví el periódico al inspector, muy preocupado.

—Tiene razón, es muy complicado. Pero, de todas formas, no entiendo que Scotland Yard se revolucione tanto por que se haya encontrado un cadáver en Florida…, ¡ni siquiera por el de Harriford Jones!

No sabía en qué, pero había metido la pata. Al inspector se le empezó a caer la mandíbula y su pipa se estrelló contra el suelo. Mientras un ejército de acólitos se precipitaba a recogerla, Lestrode movió lentamente la cabeza hasta enfocar el periódico con su mirada alucinada.

Mascullando espantosas maldiciones contra este pobre Indiana, me lanzó el diario a la cara, gritando:

—¿A quién le importa esa estupidez…? ¡Lea más arriba!

Esta vez sí tenía razón. Y de verdad. Los titulares hablaban de una serie de asesinatos ocurridos la pasada noche. Asesinatos de policías.

—¿Y sabe de qué policías se trataba? —bramó Lestrode.

—¿Tendría que saberlo?

—¡Eran los policías que estuvieron en casa de ese ricacho de mierda, salvándole la vida a usted! —Me escupió a la cara, como si yo fuera el asesino—. ¡Todos ellos!

Ahora, sí estaba de veras impresionado.

—¿Quiere decir que…?

—¡Quiero decir que el cerdo que se cargó a su amigo, está pasándose de la raya…! ¡No tenía que haber matado a ningún policía!

No veía por qué debían tener más importancia unos polis que Walt, pero me lo tragué. En mi estado, el papirotazo de un mosquito

era capaz de dejarme fuera de combate. La embestida de un policía ofendido era más temible que la muerte.

Mi silencio tuvo el efecto de una tregua. El inspector se calmó un poco y señaló a Scotland Yard con el periódico:

—Disculpe, pero estamos un poco… excitados. Espero que lo comprenda. Lo mejor será seguir hablando en mi despacho.

Instintivamente, los dos alzamos la vista hacia el edificio, siguiendo la dirección del diario…

… y, en ese instante, surgió una llamarada de las ventanas, seguida de un fragor horrísono. Cristales, trozos de argamasa, pedazos de mobiliario y fragmentos de cuerpo humano, empezaron a caer sobre nosotros como una lluvia espectral.

… ¡habían volado medio Scotland Yard!

Se desató el caos más absoluto. En medio del frenético ir y venir de los policías, sólo dos personas permanecían inmóviles, boquiabiertas, hipnotizadas por el increíble espectáculo: Lestrode y yo.

—¡Es…, es increíble! —balbució—. ¡Esto es una locura!

No, no lo era. Una idea inconcebible, absurda, descabellada, iba tomando forma en mi machacada cabeza. Podía ser otro delirio producto de los golpes, pero…

—Lestrode, ¿dónde estaba su oficina?

El policía levantó un dedo tembloroso, señalando el agujero llameante que se encontraba sobre nosotros.

—Entonces, ¿por qué no suponer que esa bomba iba destinada a usted?

—¿A mí…? Pero…, pero…

—¡Oh, vamos…! ¿Es que no lo ve? —dije gritando, casi sin darme cuenta—. Quisieron matarme a mí, luego acabaron con todos sus hombres y, ahora, han intentado eliminarle a usted…, ¡no dejarán vivo a nadie que haya visto o tenga que ver con esos robots!

—¡James, está tan sonado como el lunático que ha puesto esa bomba! —rugió Lestrode—. ¿Quién se atrevería a tanto por unas malditas máquinas que, además, sólo son un amasijo de hierros retorcidos?

Una buena pregunta. Muy buena. ¿En qué lío podía estar metido Walt para provocar tal masacre? Teníamos que averiguarlo antes que siguieran matando a todos los relacionados con…

—¡¡¡Mary Lou!!! —aullé.

Lestrode pareció salir de su sopor:

—Pero ¿no han venido juntos? Con todo este jaleo, no me fijé si…

—¡No, se quedó en casa con Spencer!

Un escalofrío nos recorrió la espina dorsal. Si habían conseguido llegar hasta el inspector, atravesando todas las medidas de seguridad…

… ¡Mary Lou y Spencer podían darse por muertos!

CAPÍTULO V

Lestrode se convirtió en un huracán.

Empezó a ladrar órdenes a diestro y siniestro, a cuanto policía se cruzaba en su camino. Todavía no sé cómo lo consiguió, pero cinco minutos después, se ponía en movimiento un convoy compuesto por tres coches y una furgoneta, con agentes rebosando por las ventanillas. Yo, iba en el primer coche.

—Supongo que me dará algún arma, ¿no? —rogué al inspector, cuando vi que comprobaba su pistola.

—No —fue su razonada y extensa respuesta.

No insistí demasiado, no me dio tiempo. Llegamos frente a la casa apenas en un par de minutos.

A simple vista, todo parecía tranquilo. La fachada no presentaba muestras de haber sufrido ningún asalto. Ni muescas de tiros, ni agujeros de bomba. Aunque, pensándolo bien, ¿por qué iban a ser tan espectaculares? Sólo se enfrentaban con una chica y un viejo.

—¡Desplegaos! —ordenó Lestrode—. ¡Y permaneced alertas! ¡Pueden llegar en cualquier momento!

—O estar dentro… —añadí.

Pronto lo averiguaríamos. Seguido por el inspector, avancé hacia la casa, mirando a derecha e izquierda, intentando descubrir algo extraño, raro, fuera de lo normal.

Toqué el timbre y tras unos segundos de angustioso silencio, se abrió la puerta. Era Spencer. Dejé escapar un suspiro de alivio.

—¡Buff! Por un momento, temí lo peor, Spencer.

—¿Lo peor? —preguntó el mayordomo—. ¿Por qué dice eso, señor? —Estaba serio como una estatua, sin invitarnos a pasar.

—Ya te lo explicaremos luego —dije, dando un paso para entrar. Por lo visto, aún le duraba el enfado por mi comportamiento

mañanero.

—Según parece, ha dejado a la señorita Mary Lou en Scotland Yard para su propia protección. Me parece una excelente idea, señor James.

Abrí la boca para preguntarle de qué diablos estaba hablando, cuando todos los timbres de alarma de mi cráneo resonaron al unísono. Me abalancé hacia delante, empujando a Spencer y la puerta al mismo tiempo, mientras gritaba:

—¡Es una trampa, Lestrode!

La puerta chocó con algo —o, más probablemente, alguien— que se encontraba tras ella. Desde el fondo de la casa, rugió una ametralladora…

… y se desencadenó el infierno.

El mayordomo y yo rodamos por el suelo, y las balas zumbaron a centímetros de nuestras cabezas. Lestrode no pudo reaccionar a tiempo. Saltó como un pelele hacia atrás, prácticamente partido por la mitad, salpicando sangre en todas direcciones.

La casa pareció cobrar vida, vomitando fuego y metralla por casi todas sus ventanas, hacia los policías que se encontraban en el jardín. La mayoría quedó barrida tras la primera andanada y los pocos supervivientes corrieron a refugiarse tras los coches en que habían llegado. Alguno cometió la ingenuidad de resguardarse tras los setos, víctima del nerviosismo y la sorpresa. No duró más que unos segundos.

Junto a nosotros cayó de rodillas una figura acorazada, la que había estado acechando tras la puerta. Antes que se recuperase del golpe, le arranqué el subfusil de las manos y le machaqué la cabeza con la culata. De poco servían las balas, si no sabíamos los puntos débiles de los robots. Podía vaciarle un cargador entero y sólo destrozar el mecanismo destinado a fingir un estornudo.

Pero estaba equivocado. Los gemidos que procedían del interior de aquella armadura, no eran nada mecánicos. Bien, aquello facilitaba las cosas. Apunté el arma hacia el fondo de la casa, donde se encontraba la figura que había abatido a Lestrode y apreté el gatillo, sembrando el vestíbulo de una cortina de muerte. No levanté el dedo, hasta que el cargador se vació. Para entonces, aquel fulano estaba clavado al muro, empapándolo de color carmesí.

Spencer intentó incorporarse con dificultad:

—¡Si me permite la expresión, llegó en el proverbial justo a tiempo, señor! Les había dicho que me encontraba solo en la residencia, pero iban a comprobarlo. ¡Si llegan a subir a las habitaciones superiores…!

—No hubiera servido de nada, si no llegas a avisarnos… ¡Y pensar que estaba a punto de pegarte la bronca!

Una explosión hizo vibrar las paredes y uno de aquellos tipos salió volando del salón, envuelto en una nube de fuego. Se estrelló a pocos metros de nosotros, convertido en una tea. La policía empezaba a contraatacar.

—¡Spencer, coge las armas de esos dos y cúbreme, mientras echo un vistazo a la situación!

Atisbé el exterior desde la puerta. Sí, desde los coches surgían las llamaradas de las ráfagas, pero no eran más de tres. Contando el del lanzagranadas, cuatro. O acudían refuerzos, o no resistirían mucho tiempo. ¡Tenía que hacer algo!

Estudié rápidamente al tipo que teníamos más cerca. Iba enfundado en una especie de armadura medieval, pero mucho más ligera y menos engorrosa de movimientos. No era de extrañar que le hubiera confundido, a primera vista, con un robot como los de la víspera. No obstante, más bien parecía una tropa de asalto de cualquier producción galáctica hollywoodiense.

El mayordomo y yo disponíamos de un par de ametralladoras y el factor sorpresa. No sabía cuantos «cruzados» se escondían en la casa, pero sí podíamos cogerles desprevenidos…

Una nueva explosión sacudió la casa hasta sus mismos cimientos y arrancó la puerta de cuajo, lanzándola encima de nosotros. La onda expansiva provenía de fuera. Casi no necesité mirar para saber lo que había ocurrido. Habían lanzado una granada contra los policías y las de éstos habían estallado por simpatía. Del furgón, sólo quedaba un armazón humeante. De los hombres… bueno, no sería nada fácil identificarles.

Estábamos abandonados a nuestras propias fuerzas. Aquello cambiaba por completo la situación.

Le quité el casco al «cruzado», al tiempo que hacía señas a Spencer para que se acercase:

—¡Vamos, ayúdame! ¡De prisa, antes de que vengan los demás!

Luchando contra la rigidez de la armadura y contra la mía

propia, a causa de los kilómetros de vendas que me hacían parecer una momia, desmontamos el «*puzzle*» que cubría el desmayado cuerpo. No me extrañó que se cubriera con las placas metálicas, era más feo que el culo de un mono.

Los rumores metálicos de pasos se acercaban a nosotros. Una vez comprobado que no quedaba ningún policía emboscado, las fuerzas de asalto estaban reuniéndose para…

—¡Escóndelo y escóndete, Spencer! ¡Rápido!

Sin esperar, me dirigí al salón de la casa de donde partían las escaleras hacia los pisos superiores. Allí se encontraban ya cuatro «cruzados» con un verdadero arsenal en las manos: ametralladoras, lanzagranadas, incluso descubrí un pequeño mortero de campaña. No se andaban con chiquitas.

—¡Yo subiré arriba! —dije secamente, con la voz oscurecida y deformada por la placa metálica del casco.

—¡Date prisa, nosotros nos encargaremos de las bajas!

Ascendí rápidamente los escalones hasta el pasillo del primer piso. Sólo esperé que Mary Lou no estuviera armada. Sería muy divertido que volase la cabeza a su «caballero andante» en el momento del rescate.

Su habitación parecía vacía. Di un paso adelante y apenas me dio tiempo de ver una mancha fina y borrosa caer sobre mi cabeza. La aparté a tiempo, pero el atizador dio de lleno en mi hombro herido. Caí de rodillas y un nuevo golpe, esta vez en la espalda, me mandó de bruces al suelo.

—¡Asesino, hijo de puta! —gritaba Mary Lou, blandiendo de nuevo el atizador.

—¡No, espera…!

Tuve que rodar sobre mí mismo para que la barra de hierro no me hundiera el cráneo. Se incrustó en el suelo de madera. ¡Thunks!

—¡Soy yo, idiota! ¡Soy yo! —grité, levantándome la visera.

Mary Lou soltó el atizador, estupefacta, abriendo una boca como un buzón.

—¿Tú…? ¿Tú estás con ellos?

—¡Claro que no! —protesté, indignado—. Llegué con la policía y, si sigo vivo, es gracias a Spencer.

—¡Spencer! ¿Está…?

—Bien. Escondido, abajo. Sé buena y quédate quietecita. Cuando

llegue la policía, diles que voy con ellos. Intentaré comunicarme en cuanto pueda, ¿vale…?

Ella me miró frunciendo el ceño, desconfiada.

—Y si preguntas cómo puedes confiar en mí, tendré que emplear la receta de Spencer… ¡te dejaré el culo plano de una paliza! —terminé sonriendo.

—¡Ten cuidado, Indy! ¡Si te perdiera también a ti…! —susurró, rodeándome la cintura con los brazos.

Podría contar todo eso de la calidez de su cuerpo, la electricidad de su contacto, la fragancia de su pelo… En fin, esos lugares comunes de las novelas baratas. Pero, mentiría. Dentro de aquella armadura, sólo sentí el frío del metal. Le guiñé el ojo y bajé mi visera.

Salía de la habitación, cuando una voz me dejó clavado en medio de una zancada.

—¿A qué venía tanto ruido?

Uno de los «cruzados» había subido a investigar. Estaba a varios metros de distancia, en el pasillo, y no podía ver el interior de la habitación. No podía matarle, o los demás se lanzarían sobre mí como lobos. Si acababan conmigo, Mary Lou no duraría un segundo en sus manos.

—¡Está aquí! ¡El viejo nos mintió! —expliqué, extendiendo el brazo hacia el cuarto.

Levanté mi arma y, a pesar de la expresión de incredulidad de la chica, apreté el gatillo. Ella lanzó un grito desgarrador…

… mientras las balas pasaban por encima de su cabeza.

Antes de que metiera la pata, lancé una carcajada:

—¡Con esto ya tiene suficiente! —exclamé con voz cavernosa.

Y me dirigí al encuentro del cruzado, rogando porque no desconfiase y quisiera comprobar por sí mismo el resultado de la ráfaga.

—¡Bien! —espetó, palmeándome el hombro, antes de seguirme—. ¡El rey estará orgulloso de ti!

Me alegré más que nunca de llevar la visera bajada. La cara de idiota que debí poner, ganaría cualquier concurso de subnormales profundos. ¿El rey?

—¡*Sir* Robert ha caído! —prosiguió aquel fantasmón—. ¡Encárgate tú de llevar su nave a Camelot!

Contesté con un gruñido de compromiso, que tanto podía significar «sí», como «no», como «¡vete al cuerno!». La verdad es que seguía cazando moscas. Si me hubieran pinchado, no me hubieran sacado una sola gota de sangre.

A través de una ventana percibí, por primera vez, algo en el césped de la parte trasera de la casa. Eran una especie de helicópteros de bolsillo, pero de un tipo que no había visto jamás. Ni siquiera tenían hélices.

Ya no quedaba nadie dentro de la mansión. Salimos al exterior y el «cruzado» se dirigió hacia una de las dos naves. Evidentemente, esperaba que yo me encargase de la otra. Aquello se estaba complicando por momentos. Y todavía se iba a complicar más. El «helicóptero» que me había tocado en suerte, transportaba una carga macabra: las bajas. Y algo mucho más escalofriante todavía: un «cruzado» vivito y coleando. Quizá fue mi imaginación, pero creí ver que su ametralladora se movía al acercarme yo, apuntando casualmente en mi dirección. ¿Eran desconfiados por naturaleza, o me había descubierto?

Penetré en la cabina con la mayor naturalidad posible, haciendo un signo de asentimiento con la cabeza a modo de saludo y contemplé los mandos de aquel aparato con desamparo. No se parecían en nada a los de un helicóptero normal. Ni siquiera sabía cómo ponerlo en marcha.

Podía fingir alguna complicación, lanzarme sobre el «cruzado», desarmarle, reducirlo y esperar que sus compañeros no sospechasen nada y me volasen en mil pedazos desde el aire. También podía intentar amedrentarles a todos con un escupitajo. Puestos a soñar, todo vale.

El tipo que tenía detrás de mí, se acercó y me dijo:

—¿Algún problema, señor?

—No, no, ninguno… —respondí, intentando fingir que tenía dominada la situación… antes de girarme atónito hacia él—. ¡Spencer!

Levantó su visera para deslumbrarme con su sonrisa.

—¡Exacto, señor! —confirmó sin necesidad—. No escaseaban las bajas entre esos malvados, así que pensé en ofrecerle mi modesta ayuda en su heroica empresa.

—¡Perfecto! ¡Ponte en mi lugar y maneja este trasto! —acepté

encantado—. ¡No tengo ni la más mínima idea de qué maldito botón hay que apretar para que se mueva!

El desconsuelo en el mayordomo era palpable.

—Lo haría con sumo placer, señor. Pero, me temo que mis conocimientos aeronáuticos no estén a la altura de las circunstancias…

—Quizá pueda ayudarles, caballeros —dijo alguien detrás de nosotros.

Cuando conseguimos devolver nuestros corazones a su lugar —un poco más y se nos salen por la boca— nos volvimos lentamente, procurando que las bocas de nuestros subfusiles apuntasen en la misma dirección que nuestros ojos.

Un segundo después, tuve que volver a tragarme el corazón, porque allí, en el fondo del aparato, detrás nuestro… ¡se encontraba el hombre de la barba blanca que había visto en el piso de Walter el Increíble! Era él, no había duda: el mismo espeso cabello blanco, la misma túnica y la misma mirada llameante.

—Esas extrañas armas no les son necesarias, caballeros —anunció con una voz profunda y cavernosa—. Como ya les he dicho, sólo intento ayudarles…

—¿Quién es usted? —preguntó Spencer.

—¿Qué hace aquí? —pregunté yo, casi al unísono.

—Eso no tiene importancia ahora —contestó con una sonrisa, más siniestra que tranquilizadora—. Los hombres del otro ingenio se están impacientando…

Miré hacia arriba y vi el otro aparato dando vueltas en torno al nuestro, a una veintena de metros de altura.

—Si me permiten, caballeros… —pidió el extraño hombre, apartándonos a los lados sin esfuerzo y pasando su mano por los controles del helicóptero.

Se encendieron luces, se movieron agujas, bascularon diales y, con un suave y silencioso silbido, la nave empezó a elevarse.

—¡Bien! —exclamó el tipo de la barba blanca, satisfecho—. El resto debe ser fácil.

Y lo era. El sistema de ascensión era parecido al de un hovercraft, pero mil veces más potente y sofisticado. No sabía que ningún vehículo con un sistema semejante pudiera formar un colchón similar. Pero, una vez en el aire, todo era igual que un

helicóptero convencional. Si exceptuamos la ausencia de hélices, claro.

—Ahora, sólo hace falta saber dónde vamos —apunté lúgubre. En el aire, si eso era posible, me sentía aún más vulnerable.

—Le sugiero que siga el otro ingenio —dijo nuestro misterioso acompañante.

—Pero…

—A menos, que prefiera ser destruido.

No lo prefería, pero me pregunté si esa amenaza de destrucción se refería a los «cruzados», o a él mismo. Cuando pasó su mano por los controles, le estaba observando atentamente y puedo jurar que no los tocó siquiera. Si no estuviésemos en el siglo XX, pensaría que era cosa de magia.

Me puse a la cola de la otra nave, que aceleró bruscamente hasta alcanzar una velocidad espeluznante.

Allí íbamos. A un lugar desconocido, a enfrentamos con un rey desconocido y transportando una amenaza desconocida.

No estaba seguro de cuál de las tres cosas era peor.

Empezaba a disfrutar de lo lindo.

CAPÍTULO VI

Nuestro misterioso barbudo no nos aclaró muchas cosas.

Cuando intentamos interrogarle se cerró en banda, y apenas nos dedicó un despreciativo comentario al pretender averiguar cómo había subido a la nave.

—Ya estaba dentro —fueron sus únicas palabras—. Era prisionero de sus enemigos. Por tanto, vuestro aliado.

—No es cierto, señor —susurró Spencer a mi oído—. Cuando trajimos los cadáveres, el aparato estaba vacío.

—El interior estaba oscuro. No pudo verme —añadió, sin el menor énfasis.

Hice una seña a Spencer para que no insistiera. No valía la pena.

Íbamos rumbo oeste, hora tras hora, indesmayablemente. Pronto dejamos la costa atrás y nos desviamos ligeramente al sur. No tardamos en divisar el contorno de una isla, surgiendo de las aguas. A medida que nos acercábamos, Spencer y yo íbamos abriendo más y más, la boca y los ojos. Hasta el barbudo se inclinó por encima de nuestros hombros para contemplar el increíble espectáculo.

La isla no parecía accesible por mar. Todo su perímetro estaba compuesto de acantilados, más altos incluso que los de Dover. Su superficie, boscosa e irregular, tenía una pequeña colina en uno de sus extremos, rematada por el más insólito castillo medieval que hubiera visto en mi vida. Parecía sacado de las ilustraciones románticas de finales del siglo XIX.

Nuestra
nave-guía
enfiló hacia la isla, disminuyendo progresivamente su altura.

—Sí, la ha encontrado. Puedo sentirlo —comentó nuestro pasajero, entrecerrando los ojos.

—No sé quién ha encontrado qué, pero a mí me gustaría encontrar la forma de hacer bajar este cacharro sin desparramar nuestros sesos por toda la isla —apunté.

—¡Oh, sí, discúlpenme! ¡Por un instante, olvidé que viajaba en un ingenio volador! —Y volvió a pasar la mano por encima de los controles, sin tocarlos, dejándome con un interrogante: la forma en que solía viajar, si no era a bordo de un «ingenio volador».

La nave describió un arco sobre la isla y se dirigió hacia una pista de aterrizaje, adosada al patio del castillo, similar a las usadas en los helipuertos. El descenso fue tan suave, que podríamos habernos posado sobre un manto de huevos. No se hubiera roto ninguno.

Nos habíamos metido en la boca del lobo. Sólo teníamos que hacerle un nudo en las tripas y volver a salir. Nada, una minucia. Y quizá lo hubiésemos conseguido, de tener unos cuantos siglos para preparar un plan, discutirlo, pulir los detalles, investigar sobre el terreno, llamar a la Séptima Flota y montar un par de bombas atómicas portátiles.

No tuvimos tiempo ni de abrir la boca. Y hubiera sido el gesto más apropiado. Antes que nos diésemos cuenta de lo que ocurría, una docena de aquellos «cruzados» rodeaba el aparato, apuntándonos con toda clase de armas automáticas. Incluso con modelos que no supe reconocer. Algo muy difícil.

La orden que gritó uno de ellos, fue tan odiosa como previsible:

—¡Salid o abrimos fuego!

Spencer se volvió hacia mí con ojos de perro degollado:

—Creo, si me permite tomar la palabra, que es el momento adecuado para que nos deslumbre con una de sus insignes ideas, señor.

Mis ideas, insignes o no, habían salido a dar una vuelta. Hasta que no volviesen…

—Salgan, será lo mejor —apuntó el barbudo.

—¿Nosotros? —pregunté, estupefacto—. No he oído que le eximan de cumplir la orden.

—Yo saldré… después —dijo sombríamente, zanjando el tema.

Como tengo cierta experiencia en estos temas, lancé las armas al exterior, antes de asomar la patita por la puerta. Los «cruzados» no se tomaron la molestia de cachearnos por si habíamos guardado

alguna sorpresa bajo las armaduras. En caso de que pretendiésemos sacarnos un miserable cuchillo de los calzoncillos, tendrían tiempo de ir a tomarse una copa, aprovechar las rebajas de
Mark & Spencer
y volver. Todavía estaríamos luchando por meter la mano bajo las placas.

El hombre que parecía mandar el pelotón, se rió burlonamente de nosotros:

—¿Creíais que no os descubriríamos…? ¡Lo supimos desde el momento en que subisteis a la nave!

Amén, a tamaña demostración de perspicacia. Aunque fuese más que dudosa. No pude contenerme:

—Y no nos habéis derribado porque, además de guapos y listos, sois bondadosos, ¿verdad…?

Dudó unos segundos entre asarme a fuego lento o coserme la boca con alambre espinoso.

—¡Tenéis suerte de haber despertado la curiosidad del rey! —Se limitó a escupir—. ¡Lleváoslos!

Todavía no habíamos dado un solo paso, cuando varios «caballeros» se acercaron al transporte en el que habíamos venido y atisbaron dentro. Hicieron una señal de «okay» y procedieron a sacar los cadáveres del interior. Spencer y yo nos miramos, sobrepasada ya nuestra capacidad de sorpresa. El barbudo estaba dentro, ¡tenía que estarlo! ¿Dónde se había metido?

Un golpe en los riñones nos hizo ponernos en movimiento. La respuesta quedaría para más adelante. Entramos en el castillo, convenientemente «escoltados» y atravesamos varias salas de un lujo desbordante, hasta llegar a lo que debía ser el «salón del trono».

Entre tapices, vitrales, columnas y más oro del que debía almacenarse en Fort Knox, se encontraba una mesa, enorme, redonda, rodeada de una veintena de sillones, entre los que destacaba uno, mayor que los demás, posiblemente de oro macizo, recubierto de toda clase de pedrería. Desde brillantes a esmeraldas. Si lo mirabas fijamente un minuto, podías pasarte el día con lucecitas en los ojos.

Sentado en el sillón, en el trono, se hallaba un hombre clavándonos sus ojos de halcón. Debía andar rozando la cuarentena.

Cabello rubio, largo, barba y bigotes recortados, con una corona ciñendo sus sienes y un enorme manto púrpura cubriéndole los hombros. Aquel mamarracho había hecho todo lo posible por parecer un verdadero rey medieval.

—¡Arrodillaos! —gritó uno de los hombres que nos custodiaban.

—¿Basta con una rodilla en tierra, o hace falta hincar las dos? —pregunté, irónicamente.

Aquellos tipos no tenían el más mínimo sentido del humor, porque no se tomaron la molestia de contestar. Un golpe seco tras las rodillas nos hizo perder el equilibrio y caímos de bruces. El «rey» podía estar contento. No nos habíamos arrodillado, sino postrado ante él.

—¡Me ha causado muchas molestias, Indiana James! —Eructó, en un tono pretendidamente amenazador.

—¿No tiene quién le escriba los discursos, jefe? —repliqué, a punto de soltar una carcajada. Sólo me faltaba aquello. Un tipo ridículo, soltando manidas frases de películas serie Z.

Miró a uno de sus hombres y recibí una patada en las costillas. Las fracturadas. Boqueé desesperadamente, en busca de un poco de aire, tragándome el alarido que pugnaba por salir de mi garganta. No le iba a dar ese placer.

—Diviértase mientras pueda. James. Usted y su degenerada ralea yanqui, pronto tendrán motivos para preocuparse —exclamó con la sonrisa de un caimán—. Pronto, muy pronto, Inglaterra volverá a imponer sus leyes en los Estados Unidos de América, en el mundo entero… ¡un nuevo rey regirá sus destinos y le devolverá la gloria perdida!

—Lo siento. No sé si se ha enterado, pero *Lady* Di se le adelantó. El príncipe Carlos ya no es soltero.

Oí como los «caballeros» quitaban el seguro de sus armas y, por un segundo, viendo la mirada asesina que me dirigió, pensé que iba a dar la orden de fuego. Pero logró contenerse.

—Yo, Arthur Reborn, encontré Excalibur —gruñó, masticando las palabras una a una—. Yo soy el legítimo descendiente de Arturo Pendragón, soy su sucesor… ¡el trono me pertenece!

Cambié mi opinión sobre él. No era un fantoche. Era un loco. ¿Excalibur? ¿Arturo? ¿Por qué no hermano de leche de Caperucita Roja? ¡Puestos a personificar personajes de leyenda…!

—Escépticos, ¿no? Muy bien, se lo demostraré.

Debió presionar algún botón oculto bajo la mesa o en el suelo, porque, con un sordo rumor, toda la superficie que incluía a los presentes, empezó a descender como un ascensor. Si quería impresionarnos, debía haber empezado por aquí.

Descendimos por un pozo circular durante algo más de un minuto, hasta desembocar en una inmensa caverna. El piso-ascensor se detuvo a la altura de una plataforma, muchos metros por encima del suelo de la gruta. Desde la plataforma, se podía descender por unas escaleras, pero no hizo falta. Aquel loco se limitó a chasquear los dedos para que le siguiéramos hasta la barandilla de la tribuna.

Reborn podía tener delirios históricos, pero no desdeñaba la tecnología. La caverna tenía el aspecto de un inmenso laboratorio, lleno de computadoras, generadores y consolas de controles, a todo lo largo de sus muros. En el centro, en una especie de estrado, destacaba una espada de brillantez cegadora, como si estuviera iluminada por dentro con un fluorescente de varios millones de voltios. Se hallaba suspendida en el aire gracias a dos poderosísimos magnetos y sobre un conglomerado de maquinaria de la que no podía imaginar su función. Un increíble amasijo de cables, procedentes de todos los armatostes circundantes, convergía hacia ese conglomerado. Un ejército de hombres en batas blancas se movía entre aquel maremágnum científico.

—Nunca lo hubiera pensado —comenté, para no darle ventaja por su apabullante demostración—. Conquistar el mundo a espadazos. Muy ingenioso.

—Puede burlarse cuanto quiera, eso no cambiará el resultado final. Excalibur no es una simple espada, nunca lo fue. Pero, hace mil años, no estaban preparados para extraerle todos sus secretos —su voz fue subiendo de tono, a medida que avanzaba el discurso—. Excalibur es una fuente de energía inagotable, un depósito de conocimientos científicos inapreciables: fusión del átomo, campos magnéticos, lásers… ¡todo está ahí, esperando que alguien descifre sus misterios y los utilice en favor de Inglaterra!

—¡La Dama del Lago debía ser muy espabilada…!

—¿La Dama del Lago? —rió con ganas—. ¿No se da cuenta que es un eufemismo? Como en todas las leyendas, hay que desgranar la parte mitológica de la real. ¿Qué encubre La Dama del Lago…? ¿Un

representante de una raza alienígena? ¿Un ser de otra dimensión? ¿Una cultura científicamente avanzada, condenada a la extinción por ocultos motivos? No lo sé… de momento. Quizá la solución a ese enigma también se halle en la espada.

Se volvió hacia nosotros, dedicándonos una sonrisa de conmiseración.

—No soy ningún loco, señor James. Si lo fuese, no trabajarían para mí los mejores científicos mundiales, ni recibiría el respaldo de las mayores fortunas de este país. Soy el catalizador de un deseo reprimido, del espíritu de venganza por el ínfimo papel a que se ha visto relegada nuestra nación… ¡y esa espada es la llave para que ocupemos el lugar que nos corresponde!

—No creo que hayan suficientes manicomios para todos… —señalé, desmoralizado. No estaba mal bajarle los humos, pero si lo que había visto hasta entonces, sólo era el principio de lo que podían hacer, había, llegado la hora de coger las maletas y trasladarse a Plutón.

—Lamentablemente, nuestra tarea no siempre es bien comprendida por quienes deberían darnos soporte financiero —estaba hablando de Walter… III—. Y cuando la traición amenaza… ¡hay que tomar medidas drásticas! ¡Cómo habrá que tomarlas con ustedes!

Spencer y yo cruzamos nuestras miradas. Nos tocaba el turno.

—Han entrado en mi propiedad como los antiguos cazadores furtivos —prosiguió—. Ahora, intercambiarán los papeles. De cazadores, pasarán a ser cazados —y, dirigiéndose a sus hombres—. ¡Que se preparen mis caballeros! ¡Hoy dispondrán de una presa más interesante que un simple corzo!

En su voz, vibró una alegría salvaje cuando nos despidió:

—¡Hasta siempre, señores! ¡Espero que su muerte sea lenta y dolorosa!

CAPÍTULO VII

Nos soltaron en medio del bosque. Sin armadura.

—¿Tiene idea de lo que se supone que debemos hacer, señor? —me preguntó Spencer, lanzando temerosas miradas a nuestro entorno.

—Confías demasiado en mis ideas —protesté—. De lo único que estoy seguro, es que no pienso quedarme aquí, quietecito, esperando que algún pirado me ensarte en su lanza sólo por divertirse.

—¿Alguna… hum, sugerencia, señor?

—La única forma de salir de esta isla, se halla en el castillo; la única forma de comunicarse con el exterior —si la hay y supongo que sí— se halla en el castillo. Por tanto…

—¡… debemos volver al castillo! —terminó el mayordomo, exultante de gozo.

—¡Maravilloso, Spencer! —le felicité—. ¿Ves como tú también eres capaz de discurrir?

De algún lugar a nuestra izquierda, nos llegó un trompeteo ensordecedor, seguido de un redoble de tambores. Los ojeadores empezaban su acoso. Y pretendían empujarnos hacia la derecha. El lado contrario de donde queríamos ir.

Lamentaba mucho estropearles la diversión, pero no les seguiríamos el juego. Señalé en la dirección de donde provenía la barahúnda.

—No quisiera ofenderle, señor —protestó Spencer—. Pero ¿cree que es prudente?

—No. Por eso —y empecé a tirar de él.

Algo sobrevoló por encima de nuestras cabezas, azotando las ramas de los árboles y proyectando su sombra sobre nosotros.

Cuando alzamos los ojos, ya era demasiado tarde. Había desaparecido entre la maleza. No había hecho ruido, así que debía ser un pájaro.

Llegamos a un claro y nos detuvimos a tomar aliento. Los tambores y fanfarrias parecían estar a pocos metros delante de nosotros. Tendríamos que extremar las precauciones.

De repente, al otro lado del claro, asomó la cabeza de un caballo. Una cabeza recubierta de placas que servían de adorno y defensa, al mismo tiempo. Fruncí el ceño cuando siguió avanzando y vi que el cuello también estaba completamente cubierto con metal. Y se me cayeron las cejas, fruncidas o no, cuando apareció el caballero en su lomo y vi… mejor dicho, no vi las patas de la montura. ¡No las tenía!

No era un caballo de carne y hueso, sino una reproducción metálica, flotando a un metro del suelo.

El jinete bajó la lanza y nos apuntó con ella. No tenía punta, sino agujero. ¿Qué diablos habían inventado ahora?… ¿Una lanza-bazooka?

Resonó un sordo zumbido y una llamarada azul pasó junto a mí, alcanzando el árbol que tenía detrás, levantando astillas, profundizando y quemando la madera, hasta partirlo en dos. Era una especie de arco voltaico colosal, retorciéndose como una serpiente agónica que impregnó el ambiente de un olor a ozono insoportable y me chamuscó la espalda.

Cuando iba a dar el grito de retirada, me di cuenta que Spencer ya no estaba junto a mí. El ruido de la hojarasca lo situó varios metros lejos del lugar donde me encontraba. Me zambullí en los matorrales como alma que lleva el diablo. Un segundo después, el caballo mecánico sobrevoló mi posición. Era él lo que antes había tomado por un pájaro.

El arco azulado trazó su sendero de destrucción y sentí el grito ahogado del mayordomo. Cuando llegué junto a él, presentaba mal aspecto. No le había alcanzado de lleno, pero tenía un feo surco en la pierna y sangraba abundantemente. Apoyé la oreja en su pecho y pude comprobar que respiraba.

Volví al claro y estudié los árboles que tendían sus ramas en él. Cuando encontré la que me pareció más apropiada, trepé por el tronco para llegar hasta ella. No era lo bastante gruesa para resistir

mi peso, ni lo bastante delgada para romperse por él. Fui avanzando a horcajadas, lentamente, haciendo que se doblase.

Cuando el suelo apenas se hallaba a un metro de mi cabeza —estaba boca abajo— salté sin soltar la rama. Libre de mi peso, intentó recuperar su posición, pero tiré de ella hacia abajo con todas mis fuerzas. Resistí, abrazándome al árbol.

Sabía que el ruido atraería al caballero y sonreí. Si volaba a demasiada altura, podría considerarme muerto. Pero si, aprovechando el claro, descendía lo suficiente…

Descendió. Casi en picado. Estaba confiado. Me veía como una presa aterrorizada, abrazándome al árbol para esconderme tras él, o para intentar subir y hallar refugio entre sus ramas. Hasta hubiera apostado mi alma —si la tenía— a que bajo su yelmo estaba sonriendo.

Solté la rama que azotó el aire como un látigo, golpeando la parte inferior del caballo volante. No debió causarle mucho daño a la máquina, pero la sorpresa hizo que su jinete perdiera el control. Cruzó el claro haciendo eses, hasta que se estrelló contra la barrera boscosa del lado opuesto con un crujido terrorífico.

Me precipité hacia el caballero, antes que tuviera tiempo de recuperarse. Pero no hacía falta. Su cuello formaba un ángulo demasiado agudo con su hombro.

No sabía si el caballo estaría en condiciones de seguir volando, pero, al menos, tenía una lanza. La empuñé y, bajo el protector de la mano, sentí varios botones. Apreté uno. No sucedió nada, pero la lanza pareció vibrar ligeramente, de forma casi imperceptible. Apreté el segundo y el arco voltaico surgió de improviso, quemando cuanto se encontraba a su paso y lanzándome al suelo. Tenía más retroceso del que había pensado.

Estaba a punto de empuñar el arma de nuevo, cuando apareció otro caballero frente a mí. ¡Mierda! ¿Por qué no había pensado que los cazadores siempre van en manada?

Me quedé congelado, viendo cómo su lanza apuntaba directamente a mi pecho.

Nos separaba media docena escasa de metros. No podía fallar.

¡Y disparó!

Capítulo VIII

Cerré los ojos y levanté instintivamente una mano para protegerme, aun cuando sabía que era inútil.

Oí el zumbido, sentí el calor…

¡… pero no sucedió nada más!

Cuando los volví a abrir, no pude ver al caballero. Una figura se interponía entre él y yo. Una figura de barba blanca, ojos de fuego y amplia túnica. Tenía la mano extendida… ¡y había parado el arco con la palma!

Agité la cabeza para despejarla. Aquello era imposible. No había ser humano capaz de resistir un voltaje de aquel calibre. Claro que, ¿quién me aseguraba que aquel tipo barbudo era humano? Le había visto aparecer y desaparecer misteriosamente, y detener un robot con la sola fuerza de su voluntad.

Algo chasqueó en el mecanismo de la lanza y explotó como un obús, lanzando al caballero por los aires. Acto seguido, aquel ¿hombre? Se palmeó las manos satisfecho.

—¿Se encuentra bien? —preguntó, amablemente.

—Creo que esa pregunta debería hacerla yo, ¿no?

Por primera vez, le vi asombrarse.

—¿Por qué? ¡No era peor que un rayo! ¡Y estoy acostumbrado a dominarlos!

Era imposible mantener una conversación lógica con él. Me señaló con el dedo extendido y he de reconocer que empezaron a temblarme las rodillas.

—Necesito su ayuda.

—¡¿Que usted me necesita a mí?!

—En mis tiempos, era más fácil comunicarse con la gente —comentó, agitando pesarosamente la cabeza—. Podían ser más

ingenuos, pero menos complicados.

—Está bien, empecemos de nuevo —acepté—. ¿Para qué me necesita?

—Sé dónde se encuentra la espada, pero no estoy muy seguro de poder llegar hasta ella. Y es absolutamente necesario que lo consiga, antes que sea demasiado tarde. Están liberando toda su energía.

—¡Vaya novedad! —Me salió en tono burlón—. ¡Yo también sé dónde la tienen! Pero no podremos penetrar en el castillo y llegar hasta ella. Creí que sí, pero el infierno sabrá de qué armas disponen. Lo mejor es largarse de aquí y dejar este asunto a quien pueda tratar con él.

—Hay otra entrada a la gruta —susurró el barbudo, sonriente—. A través del acantilado. Pero está bloqueada por fuerzas que desconozco. Creo que con eso… —Y señaló la lanza.

—¡Oh, no! —protesté—. ¡Esta vez he llegado al límite! ¡Me esfumaré de este antro de locos en cuanto tenga la menor oportunidad!

—Y su amigo, morirá.

¡Spencer! ¡Me había olvidado de él! Corrí en su busca, seguido por el barbudo. Su respiración era mucho más agitada, espasmódica. Si no conseguía ayuda, no duraría mucho tiempo.

—Si me ayuda, puedo devolverlo a su hogar… —insinuó el tipo.

—¿Que puede…? ¿¡Cómo!?

—¿Me ayudará?

—¡Sí, sí, síiiii! ¡Maldita sea, sí! ¡Pero, sálvelo!

—Excelente.

Extendió una mano hacia Spencer y cerró los ojos. No podía oír sus palabras, pero le vi mover los labios. Parecía estar rezando una plegaria… o conjurando una invocación.

Volví la mirada hacia Spencer, justo a tiempo. El mayordomo parecía translúcido y se transparentaba más y más, a cada segundo. Parpadeé y ya había desaparecido.

—Bien. Ahora, cumpla su promesa —ordenó, taladrándome con sus ojos rojos.

—Un momento, un momento… —Había visto demasiadas cosas extrañas, increíbles, imposibles, fantásticas, irracionales e inverosímiles. Pero, aquello…—. ¿Qué… qué ha hecho con él?

—Lo que le prometí.

—¿Y cómo puedo saber que dice la verdad?

—¿Qué ganaría con mentirle? —preguntó a su vez. Para una vez que empleaba un razonamiento lógico, era desarmante.

Caminé como un zombi hasta el claro y recogí la lanza eléctrica del suelo, antes de dirigirme al caballo mecánico del segundo caballero. En vez de ser un caballo, podía haberse tratado de un platillo volante. Tampoco hubiera tenido la más mínima idea de cómo ponerlo en marcha.

—¿Cómo anda de pases mágicos, amigo? —pregunté, burlón.

Pero el tipo se lo tomó en serio. Se acercó a la montura y movió su mano por encima de los controles. Las luces del cuadro de mandos se encendieron.

—Muy bien, como puede ver —y me dedicó una amplia sonrisa.

Hice algunas pruebas con el aparato. En el fondo, era muy similar a una moto, excepto en que también podía ascender y descender. Nada más… y nada menos.

—Yo le indicaré dónde se hallan los mecanismos de las barreras que ha de destruir con ese… artilugio. El resto es cosa mía —dijo, sin darme opción a opinar—. ¿De acuerdo?

—¿Acaso tengo opción?

—Podría huir en su montura.

La idea empezó a gustarme. La acaricié todo un segundo.

—Sí, podría…

—Pero ha hecho una promesa. Si la incumpliera, yo le destruiría —y supe que hablaba en serio.

Me moví hacia delante para dejarle sitio en la grupa.

—Vamos, suba. Espero que este trasto resista el peso de los dos.

—No se preocupe por mí —contestó, haciendo un gesto vago con el brazo—. Puedo viajar por mis propios medios.

Y, abriendo los brazos, empezó a elevarse lentamente del suelo, hasta que sus pies quedaron a la altura de mi cabeza. No, no me asombré, ni abrí la boca, ni quedé atónito. Tan sólo resoplé de cansancio. Uno se harta, hasta de lo maravilloso.

—¿A qué espera? —preguntó, con expresión de inocencia.

—Ya voy, amigo, ya voy. A propósito, ¿cómo se llama?

—¡Oh! Tantos siglos de soledad, me han hecho perder mis modales… Llámame, Merlín.

Y siguió ascendiendo hasta sobrepasar los árboles.

Debíamos ofrecer un espectáculo bien extraño. Un hombre de edad indefinida, de largos cabellos y barba blanca, avanzando contra el viento y con su túnica ondeando flameante. A su lado, un aventurero muy muy agotado, montando un caballo de acero, siguiendo unas montañas rusas invisibles en su intento de dominar la cabalgadura.

Una vez en los acantilados, descendimos hasta la mitad de su altura para volar nuevamente en horizontal, siguiendo su contorno. Media hora después, nos hallábamos frente a una cueva excavada artificialmente en la roca. ¿Un túnel de mantenimiento? ¿La entrada y salida de material electrónico?…

—La velocidad será esencial —advirtió… Merlín. Tenía que acostumbrarme a llamarle por ese nombre—. Es indudable que tus actos despertarán su alarma. Hemos de llegar hasta Excalibur, antes de que puedan organizar su defensa. Todavía deben estar buscándonos por toda la isla.

Asentí, sin más. ¿Alguien discutiría con el mago más famoso de todos los tiempos?

Apreté el acelerador a fondo y me introduje como una bala en la gruta con la lanza preparada. Sin esfuerzo aparente, Merlín siguió a mi altura. Sólo el efecto del viento en su pelo y en su túnica, mostraba que avanzaba a una velocidad endiablada.

—¡Atención! —advirtió—. ¡Allí!

Y, de su mano, surgió un resplandor azulado que iluminó un dispositivo electrónico adosado a la pared. Presioné los botones de la lanza en rápida sucesión y el arco surgió casi instantáneamente. Fallé, pero el trozo de roca en el que se sostenía el aparato, se vino abajo con estrépito.

¿Habría bastado con eso? Dirigí una mirada interrogante al mago, que se limitó a sonreír.

—El magnetismo nunca ha sido mi fuerte.

El juego se repitió dos veces, antes de que vislumbrásemos, a lo lejos, la caverna principal. La primera, acerté de pleno y no pude contener un aullido de alegría. La segunda, apreté demasiado pronto el primer botón, el de «carga» y por poco quedamos sepultados cuando se vino abajo medio techo.

Debían estar al tanto de nuestra llegada, eso era indudable. Pero ¿cuántos caballeros habrían vuelto a tiempo de la caza al hombre?

Rogué porque no fueran muchos: una docena, o así.

Eran menos. Concretamente, tres. No sé lo que esperaban que surgiera del túnel, pero, desde luego, no lo que surgió. Tardaron unos segundos en reaccionar, los suficientes para que los barriésemos. Mi lanza envolvió a uno en fuego azul hasta achicharrarle. No sé qué hizo exactamente Merlín, pero su víctima estalló como si le hubieran colocado una bomba en el estómago. El tercero recibió la embestida de mi montura y acabó estrellándose contra la pared opuesta.

No se veía ni rastro de los científicos. Al sonar la alarma, el reparto de pisotones, codazos, mordiscos y bofetadas por salir el primero, hubiera sido digno de verse.

Señalé ceremoniosamente la espada, que seguía dominando la estancia por encima de todo lo demás.

—¡Toda tuya, Merlín!

Ante mi desesperación, el mago se tomó su tiempo. Caminó alrededor de los aparatos que la sostenían en el aire, como aquel que no tiene otro remedio que cazar una cobra con sus manos desnudas. A menudo, movía la cabeza en sentido negativo, como si no le gustase lo que veía, fuera lo que fuese.

Por fin, se decidió.

Se acercó a la espada y ésta, en respuesta, acentuó su brillo, haciéndolo, al mismo tiempo, intermitente. Ascendía hasta hacerse insoportable, para descender hasta apagarse casi por completo.

—Han liberado demasiado poder… ¡demasiado! —musitaba Merlín, como en un ruego—. Pero, quizá todavía…

Un sonido familiar llegó hasta mis oídos: el ascensor de la Sala del Trono. Alguien acudía. Y no podían ser amigos.

—¡Date prisa! —urgí, apuntando mi lanza hacia el techo de la bóveda—. ¡Estarán aquí de un momento a otro!

—Hago lo que debo —replicó el mago—. No puedo acelerar el proceso.

Pero dio un paso al frente. Sus manos se acercaron a la empuñadura y se cerraron sobre ella. Un rayo pareció surgir de Excalibur, iluminando la sala con más potencia que cien mil focos. Si hubiera estado mirándola, me habría quedado ciego.

El suelo del ascensor apareció por el agujero del techo.

Miré al mago para darle prisa de nuevo, pero no pude verle. La

espada y él formaban un todo unido, envueltos en una nube de fuego enceguecedor. Un pavoroso zumbido empezó a extenderse por toda la sala.

Las balas llovieron a mi alrededor y no pude seguir mirando. Disparé mi lanza hacia el ascensor casi sin apuntar. No hacía falta. Estaba atestado de hombres con armadura. Reborn estaba entre ellos y señaló la blanca y luminosa figura de Merlín.

—¡A él! ¡Disparadle a él! —aulló, histérico.

Varios arcos voltaicos y un aluvión de plomo cayeron sobre el mago, pero no parecieron afectarle. En cambio, las máquinas que rodeaban la espada se volvieron locas. Las chispas regaron todo el suelo de la cueva, antes que empezasen las explosiones.

El zumbido se convirtió en un rugido ensordecedor y el fulgor de la espada se intensificó al máximo.

Apenas oí el grito de Merlín:

—¡No puedo controlarla!… ¡Vete, muchacho!… ¡Márchate!

Corrí como un desesperado hacia el caballo mecánico y monté sobre él. ¿Para qué? ¡No sabía cómo ponerlo en marcha! Algunos de los hombres de Reborn, a pesar de sus órdenes, dirigieron sus armas contra mí. Era cuestión de tiempo que me achicharrasen.

Golpeé los mandos como un loco, uno tras otro, de dos en dos, todos a la vez…

La repentina ascensión de la máquina, casi me tira al suelo, pero me agarré a su cuello, desesperado y conseguí mantener el equilibrio. Ahora, todo sería más fácil.

Un aullido infrahumano escapó de la figura del mago, al tiempo que la esfera ígnea se hacía mayor.

No me lo pensé dos veces. Enfilé el caballo hacia la cueva por la que habíamos llegado y conecté la velocidad máxima. Una bala por el cañón de un fusil no iría más deprisa que yo.

Las paredes pasaban junto a mí a una velocidad de vértigo. Apenas llevaría doscientos metros, cuando todo el túnel empezó a vibrar y el bramido de una explosión se oyó a mis espaldas. Las piedras caían a mi alrededor y las grietas se hacían cada vez más anchas. Empecé a notar el calor de las llamas producidas por la onda expansiva. Me iban ganando terreno. El túnel quedó iluminado de rojo, como si fuera la entrada al mismísimo infierno y un viento huracanado amenazó con estrellarme contra los muros.

Apenas podía respirar y cada bocanada de aire era un suplicio para mis pulmones. La piel me abrasaba y en mis antebrazos empezaron a surgir ampollas. Aullé histérico, sabiendo que aquél era el fin.

Y surgí al exterior como un misil.

Me derrumbé al límite de mis fuerzas sobre el cuello de mi montura y ésta empezó a descender lentamente. No tenía ni fuerzas para enderezar el rumbo, aunque supiera qué dirección tomar.

Detrás de mí, toda la parte superior de la isla estalló como un volcán de fuerza inconcebible, vomitando materia incandescente al cielo de medio mundo.

Esta vez, no pude escapar de la onda expansiva. Me azotó como un pelele, obligándome a soltarme de mi asidero. Por suerte, apenas me encontraba a un par de metros de la superficie del mar. El contacto con las heladas aguas me reavivó un poco y pude controlar mis movimientos.

Agitando los brazos para mantenerme a flote, me volví hacia la isla. Ahora, sólo era un pedazo hirviente de roca que pronto se enfriaría. Aquel peñón era la tumba de Arthur Reborn y su insano sueño de conquista. Posiblemente, también la de Merlín, pero ¿hasta dónde llegaba el poder del mago?

Miré al cielo. Empezaba a encapotarse.

Miré a mi alrededor. Agua, agua y más agua.

Así que empecé a nadar. ¿Hacia dónde?

¡Qué importaba!

FIN



Los libros de esta colección estaban firmados con el seudónimo de Indiana James, pues se suponía que los escribía el personaje. Detrás de ese seudónimo, en algunos sitios de la Web dicen que se escondía Juan José Sarto, y es cierto, pero no es toda la verdad. Los libros estaban escritos, por así decirlo, a cuatro plumas. Sí, es extraño el caso, y pienso que es algo muy interesante pues no creo que se haya dado este caso en más ocasiones en el mundo del bolsilibro. Cuatro autores, con muchas tablas a sus espaldas, se escondían tras el seudónimo: Juan José Sarto, Francisco Pérez Navarro, Jaime Ribera y Andreu Martín.

Estos cuatro escritores, que ya venían del mundo de la historieta y del TBO, se lo pasaban en grande escribiendo estas locas aventuras. Según Francisco Pérez Navarro, se reunían, hacían una especie de lluvia de ideas, y luego uno redactaba la novela y otro la corregía, y así se iban turnando cada vez. Según me cuenta el propio Andreu Martín, en los comentarios a esta entrada, se reunían siempre en un bar llamado Esterri para idear las aventuras de nuestro querido Indiana James. Las historias enlazaban de un número al siguiente. Las dosis de humor nunca faltaban. En las historias, todo el mundo confundía

a Indiana James con «el de las películas», y él siempre tenía que explicar que no se llamaba Indiana por él, sino porque corrió las 500 millas de Indianápolis. Estos cuatro amigos, se llamaban a sí mismos los Narradores Asociados, y en los otros bolsilibros que publicaban, se ponían seudónimos que empezaban por
N y A,
para hacer honor a este grupo.

Fernando Guijarro, también escribió algunos números de Indiana James, aunque él lo hizo solo, debido a que los otros escritores estaban todos en Barcelona, pero él estaba en Granada. Los números que escribió él:

- 28 - Siglos bajo el agua.
- 29 - Judy con esquís en los diamantes.
- 31 - Paloma, caballo y rey.
- 32 - Lentas pasan las horas junto al río.
- 33 - Infinitas horas en Le Mans.
- 36 - Esto no es el cine, chico.
- 37 - ¡Viva Siva!
- 38 - En el nombre de Alá, por zona caliente.
- 40 - Para acabar con una pesadilla.

La serie de Indiana James, se encuadraba dentro de la colección Grandes Aventuras, de Astri. Dicha colección constaba de 54 números, entre los que había 46 números de Indiana James. Jaume Ribera y los otros autores sólo escribieron hasta el número 34 de esta colección; por lo que sigue siendo un misterio quién o quiénes escribieron el resto de números de Indiana James. Hay 8 números que tienen otros protagonistas: Ranko, Cocodrilo *Dandy*, Aniquilator, Brigada Antivicio, Colores de Violencia y Los Intocables de Chicago. Estos bolsilibros con otros protagonistas de la Colección Grandes Aventuras de Astri, fueron escritos por Juan Gallardo Muñoz (Curtis Garland).

Listado de la colección:

- 1 - Hong Kong *rock*.
- 2 - El diente de perro.
- 3 - La maldición de los 1000 siglos.

- 4 - El panteón flotante.
- 5 - En busca de la prehistoria.
- 6 - El tesoro de Gardenfly.
- 7 - Ojo por diente.
- 8 - Locos de atacar.
- 9 - La amenaza invisible.
- 10 - El tren de carretera.
- 11 - Ayer, hoy y mañana.
- 12 - Razones de estado.
- 13 - Un autobús muy… espacial.
- 14 - El filo del aullido.
- 15 - Camelo-T.
- 16 - Séptimo hijo de séptimo hijo.
- 17 - Recuerde el arma dormida.
- 18 - Cosecha negra.
- 19 - Los hijos del átomo.
- 20 - Desafío a las estrellas.
- 21 - El viejo de la montaña.
- 22 - Electra es una cruel amante.
- 23 - Judy con esquís en los diamantes.
- 24 —*Rally* Beirut… ¡Muerte!
- 25 - Vacaciones, malditas vacaciones.
- 26 - Doble… o sencillo.
- 27 - La herencia de Rickenbauer.
- 28 - Siglos bajo el agua.
- 29 - El despertar de la bestia.
- 30 —… Y los sueños, sueños son.
- 31 - Paloma, caballo y rey.
- 32 - Lentas pasan las horas junto al río.
- 33 - Infinitas horas en Le Mans.
- 34 - Aventurero o escritor.
- 35 - Kali no es Kali.
- 36 - Este no es el cine, chico.
- 37 - En el nombre de Ala, por zona caliente.
- 38 - ¡Viva Siva!
- 39 - El engendro.
- 40 - Para acabar con una pesadilla.

- 41 - Duende sobre aguas turbulentas.
- 42 - Las flores del mal.
- 43 - ¡Peste de pasta!
- 44 - Aniquilador.
- 45 - Los intocables de Chicago.
- 46 - Invierno en el infierno.
- 47 - ¡Ranko!
- 48 - Cuestión de principios.
- 49 - Risa de difuntos.
- 50 - Las mil y una dachas.
- 51 - Contra los dioses del odio.
- 52 - El Tesoro del sol naciente.
- 53 - Colores de violencia.
- 54 - Brigada antivicio.

Información extraída de: http://reinosdemiimaginacion.blogspot.com.es/

Notas

[1] Véase número anterior de esta colección. <<

[2] Véase número 3 de esta colección. <<